

CLARA EISMAN PATÓN
AUTORA-LIBRO-TITULO
AMANECER EN GRANADA
2014

ESTÁ PROHIBIDA LA COPIA DE ESTE LIBRO

CAPITULO -1 –

Arundína llevaba de la mano a su hijo de tres años de nombre Calisto. Era en el año 1562 en la ciudad de granada, humilde y poderosa con una historia muy grande enriquecida en arquitectura y en muchas artes que habían dejado nuestros hermanos musulmanes. Los cristianos que habitaban la ciudad era gente sencilla y tranquila. La pobreza se podía apercibir por todos los rincones de la mágica ciudad cultivada por el sol y la nieve. Los ricos, los adinerados que también los había, trataban no salir demasiado a la calle por miedo de ser robados por los más pobres sin recursos para pasar el día.

Arundína sólo tenía diecinueve años y una vida todavía por vivir de una manera extraña. Su belleza cautivaba al hombre más joven y al más mayor, era mezcla árabe cristiana, alta y espiada, piel morena, ojos verdes, cabellos negros y largos ondulados. Su hijo Calisto era la misma imagen de ella, su parecido era sorprendente. Había contraído matrimonio con un hombre cuarenta años mayor que ella. Mustafá era viudo y padre de seis hijos

varones qué vivían con ellos, trabajaban en las tareas del campo y de la aceituna.

Arundína llevaba todo el trabajo de la casa que era mucho con siete hombres a su cargo para lavar la ropa de todos y la comida, a ella no le quedaba tiempo para descansar. Calisto con tres años dependía de su madre, aunque era un niño muy inteligente y muy pendiente de ella, se daba cuenta de lo que sufría en silencio, mucho trabajo, malos tratos y desaires por parte de su esposo, de sus hijos y de los padres de ella. Tan pequeño que era y hacía planes con su madre para cuando fuera mayor, quería llevarla con él en todos los viajes que hiciera por tierra y por mar. Sentía que era un gran aventurero y quería recorrer el mundo como un gran hombre gallardo y conocedor de muchas cosas buenas. Un día le dijo a su madre.

-Cuando sea un hombre no te va a faltar de nada, vivirás como una reina, porque eso es lo que eres. Quiero colmarte de cosas buenas, de las que tú te mereces y no te dan.

Arundína lo cogía en sus brazos, lo colmaba de besos y de caricias, era su único apoyo y amor.

Arundína a la edad de quince años se quedó embarazada de su hijo Calisto. En el mercado de Granada había llegado un joven mercader con su carro y su borrico vendiendo telas de colores luminosas y muy bonitas. Él sabía hablarle a las mujeres que eran quién les compraba. Tenía buena labia y un talento extraordinario para vender, aparte de belleza varonil y sonrisa de picaron.

Arundína se había acercado al mercado, iba todas las semanas para ver la nueva novedad de telas que llevaba el joven mercader. Hacía tiempo que él se había fijado en ella y en su lozanía. Esta vez hablaría con ella, le gustaba demasiado, salía en sus sueños muchas noches. En el momento que ella estaba mirando una tela color rosa, él se le acercó y con gracia en su sonrisa le dijo.

-Este color va bien para el moreno de tu piel y el de tus ojos. ¿Sabías que posees una gran belleza?.

Arundína bajó la cabeza, enrojeció al tiempo que sonreía tímidamente.

-¡No tienes que avergonzarte de ser hermosa! ¡Tu mirada puede hacer enloquecer a cualquier hombre!.

Ella no dijo nada y se fue de camino a su casa. Él le gritó diciendo.

-¿Volverás la semana que viene?.

Ella se dio la vuelta y asintió sonriendo.

Al llegar a su casa estaba, Clementa su madre haciendo la comida.

-¿De dónde vienes?- le pregunto.

-Vengo del mercado, han traído telas de muchos colores para este verano.

-¡No pienses en eso, no hay dinero para gastar! Ponte y lava las camisas y el pantalón de tu padre.

Clementa le dio por pensar en el joven atractivo vendedor de telas. Su hija había empezado a lavar la ropa de su padre en una palangana. Se acercó a ella y le pregunto.

-¿Has mantenido conversación con el joven mercader?.

-Madre, sólo unas palabras.

-¿Has hablado con un joven desconocido? ¡Te tengo prohibido que no hables con hombres!. ¿Qué te ha dicho?.

-Nada-dijo siguiendo con la colada.

-¡Dime qué te ha dicho!-repitió la madre muy enfadada.

-Había una tela que me gustaba, y me dijo que me iba bien para el color de mis ojos.

-¡No quiero que tu padre se entere de esto, me da a mí una paliza y a ti otra!. Cuando naciste y supo que eras una niña, se llevó las manos a la cabeza y me dijo-¡Mujer, tienes que tener mucho cuidado con ella a partir de que cumpla doce años, las niñas dan muchos problemas a los padres!.

Arundína mantenía la mirada puesta en la ropa que estaba lavando y, escuchaba a su madre con mucha atención todo lo que le decía. Sabía que era por su bien y por el bien de ellos. Su padre no la iba a entender, era imposible que la entendiera con sus orígenes árabe, la mujer no podía salir de casa y si salía, tenía que ir acompañada de la madre o de una hermana mayor, esta regla empezaba a partir que la hija había cumplido doce años de edad.

Hakim entraba por la puerta, con semblante serio y la mirada fija en su hija y en su mujer. Vio que ellas hablaban y al verlo callaron, Arundína siguió

lavando y Clementa fue a la cocina y siguió con la comida que tenía a medio hacer.

-¿Mujer, que estáis escondiendo?-pregunto a su esposa-¡Sea lo que sea, me voy a enterar!.

Se acercó a su hija advirtiéndole.

-¡He oído de boca de algunos vecinos que sales mucho sola a la calle! ¿A dónde has estado hoy?.

Madre e hija se miraron. Hakim no perdía ningún detalle de lo que ocurría en su casa y menos entre madre e hija, las dos eran mujeres y podían taparse la una a la otra.

-He ido al mercado-contestó con un hilo de voz.

-¡Mujer! ¿Por qué no la has acompañado tú?.

-No me dijo que iba a ir-contestó Clementa.

¡A partir de este instante te prohíbo que salgas a la calle sin tu madre! ¿Habéis oído las dos?.

-Sí-contestó Clementa.

-¡Aquí en el albaicín se dicen muchas cosas, sobre todo se habla de la demás gente, de sus pecados pero no miran los de ellos!-dijo Hakim- No quiero salir a la calle y que me señalen con el dedo.

CAPITULO -2 –

Arundína no podía dormir por las noches pensando en el joven mercader, no sabía su nombre pero, de lo que estaba segura era, que se había enamorado como una niña de quince años, esa era su edad. De su secreto que era este, nadie sabía nada ni podían saberlo. Siendo niña había estado en un colegio de monjas muy extritas y severas con las niñas. Los padres pedían que fueran de esa manera para el bien de sus hijas. Al cumplir los quince años, la sacaron del colegio para que aprendiera los trabajos de la casa para cuando se casara con un hombre adinerado puesto que ella tenía una belleza fuera de lo normal y podía aspirar un marido que la respetara, la amara y la colmara de todas las cosas buenas de la vida.

Había pasado una semana sin que fuera al mercado, ella renunciaba ir con su madre, la tenía vigilada y la llevaba de la mano como a una niña. No quería presentarse de esa manera delante de un joven de quién estaba enamorada, él también de

ella, estaba segura, se lo había demostrado . No entendía por qué sus padres tenían tanto miedo de que le sucediera algo. Ella sabía por indicaciones de su madre, que no debía hablar con ningún hombre para evitar toda clase de peligro, puesto que era muy inocente y de toda clase de gente se fiaba.

Los sábados era cuando iba el joven mercader con las telas. Esa mañana Clementa estuvo ausente, tenía que ir a casa de su madre anciana a lavarle la ropa y hacerle limpieza en su casa. Arundína se había quedado para hacer la comida, a las tres de la tarde volvía su madre y su padre para comer. Rápido se dejó la comida hecha y fue al mercado, hacía quince días que no salía de casa, necesitaba ver al joven enamorado que movía los vientos por él. Siempre estaba su carro lleno de mujeres mayores para comprarle telas para sus hijas. Arundína se quedó a una distancia observándolo. Él también miraba para ver si había ido. Cómo a diez metros sus miradas se encontraron, él estaba seguro que ella no podía aproximarse más. Dio por cerrado el puesto de telas, y, se fue aproximando estirando de la borrica y disimulando para que nadie se diera cuenta en la dirección que iba.

Al verse cara acara, ninguno de los dos retrocedieron, el uno pedía pasión al otro. Él iba camino al río Darro dejando atrás el mercado. Arundína se quedó donde estaba, su suerte fue no seguirlo. En ese instante una mano fuerte la agarró por el hombro y reconoció la voz de su padre que dijo con malestar.

-¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la casa?.

Ella bajó la cabeza sin responder y siguió los pasos de su padre. Pasó por delante del joven mercader, ella lo miró de lado él, de frente.

Al llegar a la casa, Hakim le echó una gran reprimenda, la castigó a no salir a la calle durante un mes.

Clementa llegó cansada, encontró a su hija llorando en un rincón de la cocina. No preguntó qué había ocurrido, lo imaginaba, Ella le puso mala cara y todavía como castigo le dijo.

-¡Espero que la comida esté buena, pon la mesa y sírvela, tu padre y yo tenemos hambre!.

Arundína se secó las lágrimas con el revé de su larga falda, la mirada la tenía baja, seguía llorando

despacio para que sus padres no la oyeran.

Hakim enfureció, no soportaba ver llorar a su hija por un castigo que él le impuso con razón, y le dijo.

-¡Sí no quieres comer no comas, no voy a levantarte el castigo, hasta dentro de un mes no sales a la calle!.

Hakim se dirigió a su mujer reprochándole.

¡Tenemos sólo esta hija, no has sabido cuidar de ella! ¡Se mezcla en el mercado con toda clase de gente! ¿Quién se cree que es?.

Clementa no rechistaba, no podía hablar cuando su marido se dirigía a ella, tenía que esperar a que se calmara para poder responder.

Benjamin el joven mercader había seguido a Arundína y a su padre hasta su casa, eran muchos hombres que iban y venían estirando del carro y de sus animales, él era otro más. Se quedó delante de la puerta disimulando en poner bien las telas. Arundína lo iba siguiendo con la mirada, su padre no sabía quién era y pasó desapercibido. Benjamin amaba realmente a la bella Arundína, deseaba

hacerla su esposa y llevársela a Alfacar el pueblo donde él nació, vivía con sus padre y dos hermanas en una casa grande con un gran jardín. Era descendente judío, sus antepasados se fueron de Granada a emigrar a otras tierras. Benjamin se había enamorado de la persona equivocada pero el corazón no distingue razas ni colores cuando el amor surge. Lo supo desde la primera vez que vio a Arundína, su mezcla era árabe cristiana, una belleza como había pocas. De este encuentro con ella había hablado con sus padres, ellos pusieron el grito en el cielo y pidieron a su hijo que la olvidara, que renunciara a ella. Benjamin se opuso expresando a sus padres su malestar de no ayudarlos en su futuro con la mujer que soñaba todas las noches. Sentía celos espantosos de pensar que otro hombre la podría hacer su esposa mientras él la veía en brazos de otro. Estaba seguro que ella correspondía con el mismo amor, se lo había demostrado yendo al mercado para verlo y expuesta al castigo que sus padres le dieran. Tenía que verla de la manera que fuera, aunque tuviera que trepar por el balcón de su casa expuesto a que el padre de ella lo cogiera y le pegara una paliza. Pensaba que eso sería lo mejor para quererla más.

CAPITULO -3 –

Una mañana Benjamin se levantó al clarear el día, fue desde Alfacar hasta el albaicín y se quedó cerca de la casa de Arundína esperando a que su padre saliera para irse al trabajo. A las ocho de la mañana Hakim salió estirando de la borrica para irse al campo a labrar sus tierras. A esa hora de la mañana muchos jornaleros hacían lo mismo, solo se oía las herraduras de los animales restregándose en las piedras al andar. Una hora más tarde Clementa salió a la puerta para barrer su trozo de calle sucia de los excrementos de muchos animales. Benjamin miraba de qué manera podría introducirse en la casa sin ser visto. La rodeó, vio que por la parte de atrás había una terraza, sólo tenía que dar un salto y entrar. Hizo lo que su corazón le dictaba. Dentro daba la entrada al dormitorio de Arundína, estaba haciendo su cama, se quedó parada al verlo. Benjamin le hizo un gesto con la mano para que no hablara. Ella se quedó como estaba, parecía estar viendo visiones. Él le dijo por lo bajo.

-He venido para llevarte conmigo.

-No podemos hacer esto-dijo Arundína con la cara asustada.

-¿Tu me quieres?-preguntó él.

-Demasiado sabes que si-dijo ella.

Sin mediar más palabras, él la ayudó a saltar por la terraza, después todo lo que había era campo.

Arundína tenía miedo de cómo lo estaban haciendo, pensaba en su padre, en su ira y su violencia, cuando se enterara de quién era, lo mataría, de eso estaba segura y, a ella la encerraría en un convento de monjas, eso lo había dicho si algo de esto sucediera. También pensaba en su madre, ella era la que iba a pagar lo ocurrido por no vigilarla. Ella se quedó donde estaba y dijo.

-No puedo hacerle esto a mis padres, ellos me quieren, sus corazones quedarán destrozados para siempre. Incluso no se tu nombre ni tu el mío.

-Ya estamos en el campo, podemos seguir adelante-dijo Benjamin-No tengas miedo, nuestro amor está por encima de todo.

-¿Has pensado por un instante que mi padre te va a matar y también a tu familia?.

-Cuando sepa qué esperas un hijo mío, lo pensará y se vendrá atrás.

-No lo conoces. Sus entrañas son árabes, su honor supera cual quien circunstancia que le ponga la vida por delante.

Benjamin no quería escuchar las palabras de Arundína, trató seducirla besando su boca repetidas veces. Ella seguía sus besos y sus caricias. La hizo reaccionar los gritos de su madre llamándola repetidas veces.

-Pienso en mi madre y en lo que le espera-dijo ella deshaciéndose de los brazos de él- Me llamo Arundína ¿Y tú?.

-Benjamin. Volveré mañana y así todos los días hasta que me quieras. Mis raíces son judías, yo no me doblego ante ninguna adversidad.

Arundína dio la vuelta a su casa y entró por la puerta. Su madre estaba en su dormitorio buscándola como una loca. Al verla respiró y dijo.

-¿Dónde estabas que te he estado buscando?.

-En la cocina, he ido a beber leche.

Su madre la estuvo observando, miraba su boca, la tenía enrojecida, le cogió las mandíbulas con la mano y le preguntó.

-¿Qué es esto?.

Ella dio una sacudida y se despegó diciendo.

-Esta noche he dormido muy mal.

Clementa no la creía, salió a la terraza buscando a alguien que pudiera estar escondido en algún rincón. Muy indignada le preguntó.

-¡Dime el nombre de él!.

-¡Madre, no es nadie!-dijo llorando al verse descubierta.

Clementa seguía buscando señales en las paredes de fuera del tabique de la terraza. Hacía poco las había pintado con cal, las había dejado blancas. Encontró que estaban escarcochadas de cuatro pisadas resta de arriba abajo. Cogió a su hija por la muñeca y la llevó hasta el filo del tabique, le enseñó las huellas y le preguntó.

-¿Quién ha subido a tu dormitorio? ¿Alguien ha dormido contigo esta noche?.

-¡Madre, no es lo que tú piensas!-decía llorando.

Clementa le pegó una bofetada y luego otra.

-¡Dime el nombre del que ha entrado a tu dormitorio, tu padre cuando venga irá a por él!.

-¡Madre, confía en mí, estoy diciendo la verdad, nadie ha dormido en mi dormitorio esta noche!.

-¡Dime quien te ha besado con tanta pasión!.

Arundína se derrumbó llorando y dijo.

-¡No puedo decirte su nombre, padre lo matará!.

Clementa quería tranquilizarse y entrar en razón, se sentó encima de la cama y le dijo a su hija que hiciera lo mismo. Algo más tranquila le preguntó.

-¿Ese desconocido te ha hurgado abajo?.

-No madre, solo nos hemos besado.

-¡Dónde está ahora quiero hablar con él! ¡Si lo hace tu padre lo mata, es por eso que quiero hacerlo yo!.

-Se ha ido.

-¡No lo creo, soy perro viejo, estoy segura te vigila de muy cerca.

Arundína lloraba desconsoladamente, se tocaba las dos mejillas, se le habían quedado rojas de las dos guantas que su madre le dio.

-¡No llores que todavía no te he hecho nada, mereces que te pegue una paliza, pero eso lo hará tu padre cuando vuelva del trabajo!.

-¡No le digas nada a padre! ¡Te aseguro que nunca más va a suceder!.

-¡No creó lo que dices, ya lo habéis probado y seguiréis hasta el final!.

En esos instantes se oyó la voz de Benjamin llamando a Arundína por la parte de la terraza.

Clementa miró a su hija y le dijo.

-¿No te decía yo que volvería?.

Clementa se asomó a la terraza, sobre la hierba y de pie estaba Benjamin gallardo y altanero esperando a que ella le dijera algo para responderle.

-¡Da la vuelta a la casa que quiero hablar contigo!- dijo ella.

-¡Tú quédate aquí!-le ordenó a su hija.

Clementa bajó las escaleras lo más rápidamente que pudo, en la puerta de la casa esperaba Benjamin, al verlo se sorprendió, lo conocía, era el joven que vendía telas en el mercado, ella le había comprado para hacerse un vestido y otro a su hija.

-No puedo estar aquí en la puerta mucho rato hablando contigo-dijo Clementa-las vecinas están mirando por detrás de las cortinas, sólo hacen que criticar y ver los pecados de los demás pero no ven los suyos propios.

-Quiero ser muy explicito en lo que voy a decir-dijo Benjamin-Amo a su hija y quiero casarme con ella.

-Mi marido no lo va aceptar. Él la tiene reservada a un militar de alto rango. Cuando se entere de esto, te mata, luego a mí por no haber sabido cuidar de ella y después no se qué hará, porque su vida quedará destrozada.

-Yo no quiero crearles ningún problema, sólo quiero casarme con Arundína, es la mujer de mi vida y sin ella no sabré vivir.

Las vecinas habían salido de sus casas, se habían quedado en la puerta para oír mejor de lo que estaban hablando.

-No podemos seguir-dijo Clementa-Te voy a dar un consejo, olvida a mi hija, ella no es para ti.

-No me voy a rendir. Yo no soy militar de alto rango pero quiero a su hija más que nadie la puede querer.

-¿Vives aquí en Granada?.

-Nací en Alfacar, allí vivo con mis padres y dos hermanas.

-¿Sabes tus padres lo de esta relación con mi hija?.

-Se lo he dicho, ellos tampoco están de acuerdo, dicen que es medio mora y nosotros auténticos judíos.

-Tienes que hacerle caso a tus padres, ellos quieren lo mejor para ti.

-Lo mejor para mí es Arundína. Todos están mandando en mi persona y en la de ella, yo la quiero y ella me quiere.

-¡Hombre de dios, como te va a querer si sólo tiene quince años, es una niña, no sabe lo que dice!. ¿Qué edad tienes tu?.

-Veinticinco.

-Eres muy joven para mi hija y para otra mujer.

Las vecinas habían salido de sus casas, eran un grupo de ocho o diez, se iban acercando a la puerta de Clementa para oír la conversación que ella mantenía con el joven mercader.

-¿No tenéis otra cosa mejor que hacer?-les dijo Clementa gritando.

-Mujer lo hacemos por tu bien, para que no estés sola en la puerta con un hombre-dijo una.

Clementa terminó la conversación con Benjamin, entró en su casa y cerró la puerta.

Arundína estaba en la entrada, había oído lo que habló su madre con Benjamin. Ella no sabía que su padre quería casarla con un militar y que lo tenían tratado. Ella conocía a muchos militares de uniforme que trataban muy mal a la gente sencilla y sin recursos, incluso los castigaban pegándoles con el bastón de mando que llevaban. Su rostro estaba encharcado en lágrimas, ya sabía ella lo que le esperaba si se casaba con el que su padre le tenía asignado.

CAPITULO -4 –

A la hora de la comida llegó Hakim del campo. Lo primero que hacía era revisar a su esposa y a su hija, siempre buscaba algo qué encontrar que no estuviera bien a su gusto. A su mujer la conocía muy bien, en su rostro podía ver que algo había ocurrido entre ella y su hija. Mientras los tres comían él se dirigió a las dos preguntando.

-¿No tenéis nada que decirme?.

Arundína no levantaba la mirada del plato.
Clementa se adelanto diciendo.

-He reñido con la niña.

-¡Debe ser grave por la cara que tenéis las dos!
¿Qué le ha pasado a la niña que tiene la cara roja?.

-Le he pegado dos guantas por responderme mal.

-Yo quería que se hubiese quedado más tiempo en el convento de monjas pero tu no quisiste, decías que tenía que saber todo lo que una esposa debe aprender en su casa cuando contrae matrimonio.

-Es cierto.

Hakim terminó de comer y fue hasta la cuadra, aparejó el borrico para ir a por agua a la fuente del avellano. Cuando quedaron solas Clementa y su hija, siguieron hablando del problema que les traía.

-A partir de esta noche dormirás en la habitación que hay más adelante-dijo Clementa-No me fio del joven mercader y tampoco de ti. De esa manera te tengo vigilada y oigo lo que pasa.

Arundína no respondió, demasiado hizo su madre de no decirle a su padre la verdad de lo ocurrido, su reacción hubiera sido terrible para las dos.

Era de madrugada toda Granada dormía. Después de la cena, Benjamin salió de su casa, sus padres sabían a dónde iba, fue su padre que lo detuvo diciéndole.

-No hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

-Lo que voy hacer es lo único que deseo para que todo esto pronto acabe.

-¿Vas a destrozar tu vida por una noche de amor?.

-Daría toda mi vida por esa noche.

Benjamin cogió el camino fuente grade, era lo más directo y rápido para llegar al albaicín. El silencio en las calles era absoluto, de lejos se oía ladrar algún perro que estaría atado en la puerta de un cortijo.

Al llegar a la puerta de Arundína se paró. Lo mejor era ir por detrás como hizo la noche anterior. Trepó por la terraza, vio que ella no estaba en su dormitorio, la cama estaba hecha, supuso que su madre la había cambiado de habitación, lo encontró normal, siguió buscando, se oían los ronquidos del padre de Arundína, los iba siguiendo, pasó por delante de la habitación, después había otra, era seguro que ella estaba ahí. Se quedó delante de la puerta de ese dormitorio, vio que Arundína dormía, se acercó a la cama, puso su mano en la boca de ella. Abrió los ojos y vio que Benjamin estaba muy cerca de su cara. No se alarmó era como si lo esperara. Él se acercó al oído de ella y le dijo muy despacio.

-Ven conmigo.

Ella se quitó el camisón que llevaba puesto y se vistió en un instante. Bajaron las escaleras sin hacer ruido, abrieron la puerta y salieron. Los dos corrían cogidos de la mano como dos niños. Subieron hasta

la fuente del avellano. Benjamin miró al cielo, según iban las estrellas debía de ser las cuatro de la madrugada. Allí estaban solos, el sonido que se oía era el chorro de agua caer de la fuente y el de los guillos. Nadie había para impedirles que se amaran, lo hicieron con verdadera pasión y entrega.

Arundína en esos momentos se había olvidado de sus padres y de lo que ocurriría cuando lo supieran.

Se estaba entregando a un hombre que amaba por encima de todas las cosas. Ella no había pensado que podía quedarse embarazada.

Benjamin esa noche estaba entregando todo su amor a la mujer que iba a ser madre de su hijo. Él lo hizo de esta manera, que ella se quedara embarazada para que su padre no se opusiera a que se casaran.

Hicieron el amor varias veces. Benjamin sabía que ella era la mujer de su vida y prefería morir antes que no tenerla a su lado.

Estaba amaneciendo, pronto llegarían los aguadores con sus animales para coger agua fresca e ir a venderla por la ciudad.

Benjamin y Arundína se lavaron todo el cuerpo.

Allí no podían estar, de hecho pronto los padres de ella la estarían buscando y preguntando si la habían visto. En el monte se veía un cortijo abandonado.

-Mi amor, mira en el monte-dijo Benjamin-Ese cortijo hace tiempo que no vive nadie, nos dirigimos allí, ese lugar será nuestro nido de amor hasta que yo pueda comprar una casa.

Arundína no respondió, ella estaba agusto con el hombre que amaba. Tenían que darse prisa en llegar, las herraduras de asnos y asnas se oían y los hombres que las guiaban hablar conversaciones del campo.

Iban subiendo y resguardándose entre árboles y arbusto. El cortijo no era grande, la fachada estaba vieja y la puerta cerrada cogida por un alambre grueso. Benjamin con mucha maña lo abrió. Dentro estaba sucio y dejado. Los dos estuvieron buscando algo para ponerlo en orden. En el corral había una escoba vieja, con eso había bastante para barrer toda la suciedad hacía fuera. Desde la puerta del cortijo se veía bien la fuente del avellano. Habían llegado también mujeres con sus cántaros para llevárselos llenos de agua buena y fresca.

Benjamin tenía que administrar comida para ellos dos. Guardaba dinero suyo en casa de sus padres de todo lo que había vendido en el mercado desde hacía tres años. Estaba obligado ir allí, en ese tiempo que estuviera fuera, Arundína se quedaría sola esperándolo, eso le causaba miedo.

-Amor, no tardo mucho, no salgas fuera-dijo Benjamin besándola repetidas veces.

-¿Vas a tardar mucho?-pregunto ella con cara de miedo.

-Lo menos posible, tengo que traer comida y jabón para lavarnos.

-Bésame más veces para estar segura que me quieres.

Benjamin la besó repetidas veces, luego dijo.

-No pongas en duda que eres el amor de mi vida.

Benjamin rápidamente se fue cruzando el campo evitando que alguien lo viera.

Al llegar a su casa, encontró a su madre llorando y a su padre muy furioso. Lo agarró del brazo y le dijo.

-¡Hombre insensato! ¿Qué has hecho?.

-Padre, lo que he hecho ha sido por amor y no me arrepiento de nada.

-¿Has pensado en tu madre, en tus hermanas y en mí? ¿Te das cuenta en el lío que nos has metido?.

-Padre, no tengas miedo, todo se va arreglar cuando Arundína espere un hijo mío, entonces nos podremos casar.

-¡No sé qué voy hacer contigo!-dijo el padre llorando y apartándose de él.

Benjamin se acercó a su madre, le cogió la cabeza, besó su frente y dijo.

-No tengáis miedo de nada, yo lo voy a solucionar todo. Arundína es mía y nadie me la puede quitar.

Su madre secó las lágrimas con su pañuelo, miró a su hijo y le pregunto.

-¿Dónde está ella?.

-Estamos en un cortijo abandonado, después compraré una casa y nos casaremos. Es de la única manera que podíamos conseguirlo.

-No estoy segura que has hecho es lo correcto. Lo normal era que hubieras ido hablar con sus padres

para que te dieran su consentimiento.

-Todo eso era inútil. Ayer estuve hablando con su madre, me dijo que su marido se la había prometido a un militar de alto rango.

-¡Padre mío, ayúdanos! ¿Sabes lo que has hecho?.

-Madre, no te pongas en lo peor. Yo me hago responsable de ella.

-¡Tendremos que hacer nuestras cosas y marcharnos de aquí antes que nos encierren a todos y muramos en una mazmorra!.

Benjamin no comprendía la manera de pensar de sus padres, él no lo veía de esa manera. Era feliz teniendo a su lado a la mujer que amaba y por nada del mundo se iba a separar de ella. Cogió de su cofre todo el dinero que tenía, también algo de comida, jabón que su madre hacía y dos toallas. Besó la frente de su madre, su padre no quiso saber nada. Se fue corriendo Arundína estaría nerviosa esperándolo. Cruzó los campos y llegó al cortijo.

Ella lo estaba esperando con los brazos abiertos. Se besaron con mucha pasión e hicieron el amor con mucho deseo.

CAPITULO -5 –

En la casa de Hakim y de Clementa era un velatorio. Ella confesó a su marido lo ocurrido el día anterior con el joven mercader. Hakim le pegó una paliza a su mujer por haberle mentido el día de antes. A ella no le importaba la zurra que le dio estaba acostumbrada a recibir malos tratos por parte de él, la pena y el desosiego que tenía era por su hija, estaba segura que el joven mercader la había desvirgado, ahora el destino para ella era incierto y desgraciado, tanto si contraía matrimonio o como si no. Ya no iba a ser respetada ni querida por nadie, solo iba a recibir desprecio de la gente.

Hakim sentía mucha vergüenza de ir a denunciar la desaparición de su única hija. Iba a ser la burla de la policía, iban a tratar a su hija cómo una ramera. Su condición musulmana no se lo permitía, lo mejor era buscarla y él mismo y darle muerte a los dos. A su mujer le prohibió que hablara con las vecinas, solo le permitió salir a la calle para comprar lo necesario. Él tampoco salió al campo, dedicó ese día a buscarla. Anduvo toda Granada, buscaba por los callejones y plazas, sin resultado.

No podía descansar sin dar con ella, aunque durmiera en la calle y tirado en una acera no volvería a su casa sin encontrarla. Miró por todo el barrio del albaicín, no se dejó calle, subió al sacro monte, miró en todas las cuevas, ya no sabía dónde mirar. Tenía que averiguar dónde vivía el joven mercader con su familia, era posible que hubiera llevado a su hija a casa de sus padres y estuvieran allí.

Hakim estaba agotado de tanto buscar y decidió subir a la fuente del avellano, allí siempre había gente que iban a vender al mercado, todos se conocían. Había dos aguadores llenando sus cántaros para vender el agua por las calles. Se acercó, era raro lo que les iba a preguntar pero tenía que hacerlo, era su último recurso.

-¿Vendí agua en el mercado?.

Los aguadores se quedaron parados sin entender por qué lo preguntaba. Uno dijo.

-Vendemos agua por toda Granada. ¿Por qué lo preguntas?.

-¿Conocéis al joven mercader que vende telas?.

-¿Te estás refiriendo a Benjamin?.

Hakim no sabía que se llamaba de esa manera pero afirmó diciendo.

-Sí a él.

-Lo único que sabemos es que vive en Alfacar.

-Os estoy agradecido por el dato.

En ese instante Arundína se asomó a la puerta del cortijo y divisó a su padre que preguntaba. Llena de terror se abrazó a Benjamin llorando. Los dos vieron el camino que cogía al pueblo de Alfacar.

Benjamin tenía dos problemas muy grandes, uno era Arundína y el otro sus padre y sus hermanas. Tenía que llegar antes que él a su casa, sería capaz de hacer cualquier desastre a su familia, de esa manera se lo dijo a Arundína.

-Si no he venido al anochecer vuelve a tu casa.

Ella lloraba desesperadamente abrazada a él, y le advirtió.

-¡No vallas, mi padre te matará!.

-¡Prefiero que me mate a mí y no a mis padres que no tienen culpa de nada!.

-¡Ha ellos no les va hacer nada, son mayores, te busca a ti!.

-¡Amor, soy un hombre y tengo que afrontar mi responsabilidad! ¡Recuerda lo que te he dicho, si se hace de noche y no he venido, vete a tu casa!.

Los dos se despidieron besándose y jurándose amor eterno.

Arundína se quedó en la puerta del cortijo mirando cómo se iba cogiendo un atajo.

No tardó en llegar a Alfacar. En la puerta de su casa estaban sus padres sentados en sillas bajas tomando el fresco de la tarde, al verlo llegar entraron para dentro. Benjamin iba descompuesto, sus padres se pusieron en lo peor, su padre pregunto.

-¿Qué ha ocurrido?.

-¡El padre de Arundína viene para acá!.

Hakim había preguntado en el pueblo dónde vivía Benjamin el mercader de telas. Le dieron la dirección, no tardó en presentarse en la casa, llamó a la puerta. Abrió su padre como persona más

respetable. Delante de él había un hombre con pelo y barba canosa, alto, delgado y con facciones duras.

-¿Qué se le ofrece?-pregunto el padre de Benjamin.

-¡Es muy importante que hable con usted!.

-Diga de qué se trata-dijo sabiendo lo que era.

-¿Tiene un hijo de nombre Benjamin?.

-Así es.

Hakim le echó una mirada seca, y pregunto.

-¿Usted no sabe por qué estoy aquí?.

-Sí lo sé.

En ese instante Benjamin fue hasta la cancela. Estaba sereno con mucho dominio de sí mismo. Hakim creyó que su hija se encontraba en la casa y exigió que saliera.

-No está aquí- dijo Benjamin- Quiero casarme con ella.

Hakim se volvió loco, eso quería decir que habían tenido relaciones amorosas. Fue hasta Benjamin y lo agarró del cuello para matarlo. Su padre intervino, su madre se puso a gritar pidiendo

pidiendo auxilio. La casa se llenó de gente y la guardia no tardó en llegar poniendo orden.

Hakim, Benjamin y su padre fueron detenidos al cuartelillo, allí se explicó todo.

Hakim no quiso dar su brazo a torcer. Él era musulmán y Benjamin judío, no permitía que su hija se casara con él, prefería a un cristiano antes.

Arundína al ver que llegó la noche y Benjamin no volvía, se fue a su casa. Su madre no la esperaba y al verla entrar por la puerta dio un grito de alivio y dijo.

-¡Gracias dios mío!.

Arundína subió a su habitación llorando. Su madre creyó que Benjamin la había mal tratado y subió detrás de ella. La agarró por la muñeca y le preguntó.

-¿Di me lo que ha ocurrido?.

Arundína lloraba sin poder hablar con una pena muy grande.

-¡Habla! ¡Di algo!-repetía su madre.

-¿Dónde está padre?.

-Salió esta mañana temprano y todavía no ha vuelto. ¿Por qué me lo preguntas?.

-¡No quiero pensarlo! ¡No es posible que haya matado a Benjamin!.

-¿Qué sabes de todo esto?.

-¡Madre, es largo de hablar!.

Clementa miraba el rostro de su hija, buscaba una señal que le indicara que había perdido la virginidad. Su cara era realmente bella pero había perdido el brillo de la inocencia. Ella se quedó cruzada de brazos, la miraba cómo quien mira algo que siempre ve. Le pregunto.

-¿Todo se ha consumido la madrugada pasada?.

Arundína afirmó sin parar de llorar y dijo.

-¡Madre, lo quiero y él me quiere a mí! ¿Por qué padre se opone a que nos casemos?.

-Porque sois de raza distinta. Los árabes y los judíos nunca se han llevada bien.

-Padre y tú también sois de diferente raza.

-Muchos cristianos estamos casados con árabes porque ellos se han convertido al cristianismo por razones de interés, pero en el fondo creen en su dios. No comen cerdo, aquí en casa no se compra carne de ese animal ni en ninguna casa que vivan musulmanes.

Arundína se fijó en un ojo y los labios de su madre, esas dos partes las tenía moradas, no hacía falta que le preguntara de qué manera se lo había hecho. Ella en varias ocasiones había presenciado cómo su padre le daba una paliza sin que hubiera motivos suficientes, era cruel por naturaleza. Ahora cuando llegara la emprendería con ella a golpes. Se sentía impotente de sólo tener quince años y estar sometida a su ley.

La puerta de la calle se escuchó abrir y cerrar. Madre e hija se miraron, se oyó la voz de Hakim que dijo.

-¡Bajar las dos!

Iban bajando las escaleras con mucho temor, ninguna de las dos sabía por cual iba a empezar. Cuando llegaron abajo les dijo.

-¡No voy a tocaros, mi venganza ya la he llevado a cabo!.

Arundína se cubrió el rostro con las manos llorando. Su padre le dijo.

-¡No es lo que tú crees, no voy a desperdiciar los años que me queden de vida en la cárcel! ¡He pedido al jefe superior de la guardia, que se vallan de estas tierras y no vuelvan más! ¡El padre ha filmado el documento y yo también!.

Clementa dio un suspiro y después respiró profundamente más aliviada. Arundína seguía llorando sin que ninguno de sus padres le dijera nada.

Clementa puso la cena en la mesa, Hakim no había comido nada en todo el día. Estaba agotado sólo tenía gana de irse a dormir.

En la oscuridad de la noche y fuera en la terraza Arundína esperaba que volviera Benjamin aunque sólo fuera para besarse y abrazarse por última vez.

No tardó en aparecer su esbelta silueta de caballero gallardo. No hizo falta que ella hiciera

una señal para que trepara por el muro de la terraza. En un instante estuvo arriba. Se besaban con mucha pasión.

Los padres de Arundína dormían profundamente después del día tan agitado que habían llevado, los dos roncaban.

Pasaron juntos otra noche de pasión que ninguno de los dos podrían olvidar. Todo lo que se decían era al oído como susurros de pasión.

-Nos han dado un mes para que nos vayamos de Granada-dijo Benjamin-Pero vendré a verte a escondidas, cruzaré los mares si fuera necesario para pasar noches cómo esta llenas de amor.

Arundína lo besaba y acariciaba su cuerpo. Era feliz de dormir en sus brazos.

Amanecía en Granada, Benjamin tenía que irse antes que la madre de Arundína fuera para asegurarse que dormía. Se despidió de ella y dijo.

-Hasta mañana mi amor. Cuida de mi hijo.

-¿Cómo sabes que llevo un hijo?-dijo ella en voz baja.

-Lo sé-dijo besándola repetidas veces.

CAPITULO -6 –

Clementa nada más amanecer se levantó de la cama para ir al dormitorio de su hija. Miró como dormía plácidamente, fue hasta la terraza la estuvo andando de lado a lado, no buscaba encontrar a Benjamin, ella pensaba que ya no volvería, la justicia lo había desterrado junto con sus padres y sus hermanas de Granada por haber cometido el acto de engañar a una niña de quince años.

Clementa ahora se le venía encima otro problema, tendría que estar pendiente de cuando le viniera la regla a su hija. Hacía quince días la había tenido, ya estaba contando los días que le faltaba para que tuviera la siguiente.

Volvió a la cama, Hakim estaba despierto, le pregunto.

-¿Has ido a ver a la niña?.

-Sí, está durmiendo. ¿Qué vamos hacer si está embarazada?.

-Ya tengo el plan hecho para ella esté embarazada o no.

-¿De qué se trata?-pregunto Clementa.

-Hoy iré hablar con Mustafá, lo conozco desde siempre, es viudo con seis hijos, en su casa necesita una mujer para que cuide de todos. Arundína no puede quedarse aquí después de lo ocurrido, sólo tiene quince años, ningún hombre soltero querrá casarse con ella. Es posible que contraiga matrimonio con Mustafá, tengo que hablarlo con él.

A las diez de la mañana Hakim estaba llamando a la puerta de Mustafá, abrió su hijo menor, debía tener siete u ocho años.

-¿Está tu padre?-le pregunto.

En ese instante salió un hombre mayor de pelo canoso, barba blanca, mirada triste, alto y un poco entrado en carnes, al ver a Hakim hizo que entrara en el comedor - cocina, cogieron asientos en sillas de aneas.

-¡Qué grata visita!-dijo Mustafá.

-Vengo hacer un convenio contigo si puede ser.

-Habla y dime de qué se trata.

-¿Conoces a mi hija Arundína?

-Sé que tienes una hija pero a penas la conozco, creo que la he visto un par de veces.

-Tiene quince años, todavía es una niña. ¡Ya sabes el cuidado que hay que tener con las hijas!

Mustafá quedó pensativo sin dejar de mirar a su amigo y la tristeza que llevaba en su cara. No hacía falta que le dijera más, había comprendido.

-¿Se trata de un cristiano?-pregunto Mustafá.

-De un judío, un joven mercader de veinticinco años. Hace dos noches la engañó y se la llevó. He pensado en ti, necesitas una mujer que cuide de ti y de tus hijos, que lave vuestra ropa, que haga la comida y limpie la casa, pero a cambio pido que te cases con ella.

-¿Está embarazada?-pregunto Mustafá.

-Todavía no lo sabemos pero es posible que sí.

-Bueno, por mi parte acepto, cogeré como hijo al crío que venga. ¿Para cuando has pensado que nos casemos?.

-Lo más pronto posible. Hoy mismo empezaré

a mover papeles. Será un matrimonio cristiano, ya me dirán en la iglesia que se va a celebrar.

-Yo también por mi parte aré lo mismo. Es bueno que en esta casa entre una mujer aunque todavía sea una niña, irá aprendiendo de cómo llevar una casa.

-¿Qué tiempo hace que tu pobre mujer que en paz descansa murió?.

-Cinco años. Desde ese tiempo estamos solos mis hijos y yo. Ninguna mujer ha querido casarse conmigo por la carga de hijos que tengo.

Entre Hakim y Mustafá quedó pactado el matrimonio de él y de Arundína. El casamiento tenía que ser cristiano, desde que los reyes católicos tomaron Granada, quedaron anuladas las mezquitas y en sus lugares levantaron iglesias. Los musulmanes que obstaron por quedarse tuvieron que hacerse católicos para poder tener acceso a todos los derechos como otro cristiano pero, en el fondo de sus corazones, seguían su religión. Iban a misa para no ser señalados de no cumplir con los preceptos de la madre iglesia.

Hakim al salir de la casa de Mustafá fue a la iglesia de san Gil y santa Ana que está al lado del río Darro y en plaza nueva. Habló con el cura párroco para que le diera las instrucciones necesarias para una boda entre su hija y su futuro esposo. Salió de la iglesia contento y descuidado de no tener en poco tiempo que cuidar de su hija. Pronto estaría casada y se quitaría un peso de encima.

Clementa al ver entrar a su marido por la puerta vio que todo había ido bien, en su cara se reflejaba la tranquilidad que traía. Se sentó y pidió la comida. Los tres estaban comiendo, Clementa no se atrevía preguntarle nada hasta que él dijera algo. Ya estaban acabando de comer, Hakim dijo.

-Pronto la niña contraerá matrimonio con mi amigo Mustafá, es un hombre bueno y respetable, está viudo con seis hijos varones.

Clementa miró a su hija. Dos gruesas lágrimas bajaban por sus mejillas que fueron a caer en el plato. Hakim se dio cuenta y se enfadó diciendo.

-¡Es lo mejor que te podía pasar después de estar deshonrada!.

Arundína no podía seguir sentada en la mesa, tampoco se podía levantar hasta que su padre no lo dijera, el llanto no lo podía retener y rompió en sollozos. Hakim volvió a enfadarse y dijo.

-¿De esa manera es como me agradeces el bien que hago por ti? ¿Preferirías ir como las locas andando por la calle sin saber quién eres y con un hijo en los brazos? ¡Ahora tendrás un marido que te ordene y te mande!.

Arundína hizo el gesto de levantarse de la mesa, su madre la cogió por la mano para que se sentara y no hubieran más disturbios. Sentía con muchos deseos que llegara la noche y volver a ver a Benjamin, él era su sueño y su amor. No deseaba vivir si no era al lado del hombre que amaba. Se sentía infeliz, el destino le estaba haciendo una mala jugada, tan hermosa y bella que decían que era, no le servía para nada, iba a ser esposa de un hombre cuarenta años mayor que ella y con seis hijos, nunca había imaginado que su destino sería ese. Tampoco deseaba la vida que su madre tenía junto a su padre, un hombre arisco y gruñó, sólo él tenía razón cuando hablaba, la mujer se tenía que callar y bendecir cuando amanecía un nuevo día.

Llegó la noche, los tres se fueron a dormir. Hakim estaba tranquilo, su hija nunca más vería al joven mercader que la había enamorado. En su familia no quería a un judío, nunca se habían llevado bien y nunca se llevarían. Mustafá iba a ser el marido perfecto para su hija, estaba seguro.

Arundína esperaba a Benjamin en la terraza de su habitación, estaba de pie e inquieta, tenía muchas cosas que decirle. Él era un hombre con mucha decisión y pronto le daría luz al problema. Ella se negaba a contraer matrimonio con el amigo de su padre cuarenta años mayor que ella.

Un débil silbido hizo que Arundína mirara, a diez metros estaba Benjamin mirándola con cara de enamorado. Ella hizo un gesto para que escalara pronto el muro de la terraza. En poco tiempo estaba junto a ella. Se abrazó a él llorando, Benjamin suponía que algo grave debía pasar, la estrechó entre sus brazos y le secó las lágrimas, le dijo al oído.

-¿Por qué lloras? ¿Te ha castigado tu padre?.

-¡Lo que va hacer conmigo es mucho más que un castigo!-dijo sin parar de llorar.

Benjamin la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, se quedaron sentados uno al lado del otro, se hablaban al oído.

-¿Qué es eso tan espantoso que me quieres decir?.

Arundína entre lágrimas le dijo.

-¡Mi padre me va a casar con un hombre cuarenta años mayor que yo!.

-¡Esto me lo esperaba, es la tradición que se hace siendo árabe o judío cuando una hija ha sido deshonrada!.

Benjamin tocó el vientre de ella y lo besó, luego dijo.

-Aquí dentro vive mi hijo, estoy seguro que será igual que yo y con el mismo físico, nadie podrá decir que no es hijo mío.

-¿Crees que estoy embarazada?-pregunto ella sin mucho creerlo.

-Estoy seguro que sí. ¿Crees en el amor que siento por ti?.

-Totalmente-dijo ella besando el rostro de él.

-Te he prometido que no dejaremos de vernos, y, esta noche será grande en amor.

Se tendieron en la cama y se amaron hasta que llegó el amanecer. Benjamin se despidió de Arundína hasta la noche siguiente, saltó por la terraza, fue dándose la vuelta y enviándole besos con las manos, ella también le respondía.

En esos instantes un vecino salía de su casa con su borrica aparejada para irse a trabajar al campo, vio lo que sucedía entre la hija de su vecino Hakim y un joven que saltó por la terraza. Eso no lo podía callar, se trataba de una niña de quince años y, sin pensarlo llamó a la puerta de su vecino para decirle lo que estaba ocurriendo.

Hakim abrió la puerta, delante estaba Miguel un vecino de hacía años. Este sin esperar que él preguntara qué era lo que quería, dijo.

-Tu hija se ve con un hombre joven, lo he visto saltar por la terraza.

Hakim nada más escuchar esas palabras , entró en su casa y fue directamente al dormitorio de su hija

Y sin mediar palabra le pegó una paliza. Clementa al oír los gritos de dolor que su hija daba, se presentó en el dormitorio. Hakim dejó a su hija y la emprendió a golpes con ella al tiempo que decía.

-¡Mala madre, nunca has sabido cuidar de tu hija!.

Ese día por la mañana Hakim fue a la iglesia de santa Ana y habló con el párroco para que la boda se celebrara lo más pronto posible. El párroco le pidió una cantidad de dinero para el trámite de papeles en inmediato. Hakim lo dio, el párroco dijo que en tres días, la boda se celebraba.

Esa noche Hakim se fue a dormir al dormitorio de su hija, ella en la cama con su madre. Hakim esperaba en la terraza sentado en una silla, en su mano derecha mantenía un garrote esperando a que el joven trepara por la terraza.

Benjamin estaba a veinte metros, sentía que algo no iba bien, con la oscuridad de la noche no podía ver la silueta de Arundína, silbó suavemente para que supiera que estaba allí. Hakim no lo pudo soportar y se levantó de la silla, señaló a Benjamin con el garrote diciéndole.

-¡Juro que te mataré! ¡No vuelvas más por aquí!.

CAPITULO -7 –

En la iglesia eran los justos, Hakim, Clementa, Arundína, Mustafá, sus seis hijos y un amigo de este que haría de testigo con Hakim. Al terminar la ceremonia Arundína se fue con Mustafá y con sus hijos a casa de ellos, ese era su nuevo hogar. Nada más llegar se puso a trabajar, la comida estaba por hacer, habían dos canastas llenas de ropa sucia, la casa tenía que limpiarla y ordenarla. Ella estaba en un mar de lágrimas solo hacía que llorar. Nunca había hecho tanto trabajo, había ayudado a su madre en las tareas de la casa y en la cocina, ahora no sabía por dónde empezar, era mucho trabajo para ella sola, no podía decir nada, esa era la clase de vida que le había tocado vivir por amar a un hombre que adoraba.

Hakim había puesto al corriente a Mustafá de los encuentros de madrugada que Arundína mantenía con el joven mercader en su aposento. Mustafá reforzó la guardia con sus hijos para que la vigilaran día y noche. De día él trabajaba de albañil construyendo casas que le pedían por ser un buen constructor.

Arundína se arremangó y empezó hacer la comida con lo que había en la casa, padre e hijos esperaban hambrientos sentados en la mesa. Ella no daba abasto poniendo comida en los platos, cuando llegó al final no quedaba comida para ella. Los hijos de Mustafá y él mismo comían mucho, eran siete hombres. El hijo mayor tenía 18 años el siguiente 16 el otro 14, 12, 10 y el más pequeño 8. Los cuatro mayores estaban aprendiendo el oficio del padre, e iban todos los días a trabajar con él. Los dos más pequeños se quedaban en casa e iban a la escuela cuando querían, estos dos tenían la misión de vigilar a Arundína y de ir con ella a la fuente la teja para lavar la ropa. De salir a la calle cuando iba al mercado para comprar la comida, no podían separarse de ella.

Por todo el barrio del albaicín y el sacro monte, estaban enterados del casamiento de Mustafá y de Arundína. Todos lo veían como una cosa normal que se casara una muchacha con un hombre de 55 años, los árabes y los judíos lo hacían. Nadie conocía la historia de Arundína, era nueva en el barrio alto del albaicín.

Benjamin buscaba a Arundína por los barrios que conocía, había estado amenazado por Hakim si se acercaba a su hija. Estaba seguro que la habían casado, era por esa razón que no la veía por ningún sitio que la buscaba. Le quedaba pocos días de residir en Granada con su familia, era importante que la viera, las reglas que habían no le permitía preguntar por ella a nadie. Sabía que las mujeres iban a lavar la ropa a fuente la teja, sus hermanas también iban. Una mañana se quedó en ese hermoso lugar, al rato de estar allí vio que venía Arundína con una cesta de ropa sucia, a su lado iban dos niños, supuso que se trataba de dos hijos de Mustafá. Ella iba cansada, el cabello recogido atrás por un moño y los andares lentos. No podía acercarse a ella, la justicia lo metería en la cárcel, no quería eso para sus padres, ya les había causado bastante dolor, tener que dejar la tierra donde nacieron.

Fuente la teja estaba llena de mujeres que lavaban y tendían la ropa en las rocas y en los matorrales. Entre tanta gente que había era imposible reconocerlos a todos. Benjamin se subió a un árbol, entre las ramas estuvo viendo a Arundína

lavar la ropa, se quedó hasta que toda estuvo seca. Ella al irse la siguió hasta la casa donde vivía. Antes de dejar Granada tenía que verla para preguntarle si estaba embarazada aunque él lo sabía pero, necesitaba que ella se lo dijera.

Había cumplido el tiempo, Arundína no tuvo el periodo, ahora recordaba a Benjamin cuando le decía que iba a tener un hijo suyo. A él no lo podía olvidar por cien años que pasara, había sido el amor de su vida y lo sería siempre.

Una mañana se encaminó acompañada de los dos hijos más pequeños de Mustafá a casa de sus padres, aunque no vivían lejos hacía más de quince días que no se veían. La puerta estaba entornada pero ella llamó con el llamador de hierro. Clementa salió, al verla no sintió nada, era como si hubiera visto a una vecina. Arundína preguntó.

-¿Madre, puedo pasar?.

-Sí- respondió abriendo más la puerta para dejar paso.

Arundína se sentó y también los dos lazarillos que

llevaba a su lado. Su madre cogió asiento frente a ella, le pregunto.

-¿Para qué has venido?.

-Este mes no me ha bajado la regla, tu eres mi madre y me puedes informar. Esto no puedo hablarlo con Mustafá, es un hombre.

-Es tu marido y tiene que saberlo.

-Es que entre él y yo no hay relaciones.

-¿No dormís en la misma cama?.

-Sí, pero él en un lado y yo en otro. Nunca quise que me tocara, no lo podría soportar. Tampoco él hace nada por ganarse mi cariño.

-Clementa dio un palmetazo encima de la mesa y dijo muy enfadada.

-¡Un marido no va con fantochadas detrás de su mujer, él la coge, porque le pertenece por ley!.

-No puedo tener relaciones amorosas con un hombre que puede ser mi padre-dijo Arundína con lágrimas.

Clementa volvió a enfurecerse y dijo.

-¡Eso lo tenías que haber pensado antes de

echarte en los brazos de un joven conquistador y que por naturaleza no es de nuestra raza!.

Clementa veía que esa conversación iba a ser un golpe fuerte para su hija estando los dos lazarillos presentes, y dirigiéndose a ellos les dijo.

-Ir a jugar al corral con las gallinas.

Los niños se levantaron y salieron.

-Madre, quiero a ese hombre que no os gusta por ser judío. El hijo que llevo en mi vientre es de él, y querréis o no, seréis abuelos de un niño judío.

Clementa dio dos revés a su hija. Se quedó de pie mirándola con enfado y preparada para darle más fuerte. Levantó la voz diciendo.

-¡Tu padre cuando me ha pegado era con razón!
¡La mayor parte de veces lo hizo por causa tuya, decía que yo no era buena madre para educar a una hija! ¡Estaba en lo cierto, yo nunca pesé que ibas a coger ese camino descarriado!.

Arundína lloraba con el rostro cubierto con sus manos. Pensaba en el destino tan desdichado que tenía que vivir sola y sin comprensión de nadie, ni de su propia madre.

-¿Qué haces aquí sentada?-dijo Clementa-¡Es hora de hacer la comida, tu marido no tardará en llegar con sus hijos para comer!.

Clementa salió al corral y dijo.

-¡Niños, ya es hora de que os marchéis!.

Arundína se fue con ellos. Su madre no le dio una palabra de consuelo. Ella también llevaba una vida dura al lado de su marido Hakim. Ella y todas las mujeres de esa época pensaban que estaban al servicio del hombre al casarse.

Al llegar a la casa y abrir la puerta, se encontró con una nota escrita en el suelo. La cogió y la estuvo leyendo. Era de Benjamin, decía que esa tarde llevara a los niños a la escuela para poder verse ellos en el cortijo abandonado.

Estaban todos comiendo, los únicos que hablaban era Mustafá con sus hijos, Arundína no mencionaba palabra alguna si no era un tema que iba dirigido a ella. En un momento de silencio Arundína dijo a Mustafá.

-Desde que vivo aquí, los niños no han ido a la escuela, necesitan saber leer y escribir. He pensado llevarlos esta tarde a la escuela.

El hijo mayor se puso de pie y dijo con mucho enfado.

-¡En esta casa tú no tienes nada que pensar, para eso está mi padre!.

Mustafá lo cogió del brazo para que se sentara y dijo.

-No va muy descaminada en lo que dice, los niños podrían ir por la tarde a la escuela, apenas saben leer ni escribir.

Arundína vio el cielo abierto, esa tarde vería al hombre que más amaba. Volaría con él donde fuera. Mustafá y sus hijos se fueron al trabajo, Arundína llevó a los lazarillos a la escuela. Sólo tenía tres horas para ir al cortijo, estar con Benjamin y volver para hacer la cena.

Subía con rapidez el camino de la fuente del avellano. Benjamin estaba en la puerta esperándola, al llegar los dos se fundieron en un abrazo y en lágrimas por parte de los dos.

Se besaban sin mencionar palabra, tenían poco tiempo para estar juntos. Después de un rato de éxtasis, Benjamin dijo.

-Amor, pasado mañana nos vamos, tenemos casa en Almería. Mis padres están destrozados por dejar Granada y yo mucho más. Estoy seguro que el destino tiene preparado algo bueno para ti y para mí, no puede ser tan injusto con nosotros dos.

Benjamin colocó su cara en el vientre de ella y lo besó repetidas veces.

-Estoy embarazada de un mes-dijo Arundína con cara de niña feliz.

-Quiero que se llame Calisto-dijo Benjamin.

-¿Y si es una niña?-contestó Arundína.

-Es un niño, estoy seguro, tendrá el color de tus ojos verde aceituna y el color de tu piel.

-¿De ti que va a tener?-dijo ella bromeando.

-Mi gallardía, mi romanticismo, mi físico. ¿Quieres más?.

-Lo quisiera todo pero no puede ser, tiene que tener de los dos.

El sol se estaba yendo, Arundína tenía que regresar antes que los niños volvieran de la escuela. Benjamin quería lo mejor para ella, se despidieron con besos y abrazos. Él no quiso prometerle nada por el bien de ella, la situación que los dos estaban viviendo era difícil.

Arundína llegó a casa, dio gracias a dios que no había llegado nadie, se puso hacer la cena, todos volvían hambrientos, el trabajo de Mustafá y de sus cuatro hijos mayores era de mucho esfuerzo. En el mes de diciembre de cada año iban todos a la aceituna, a recoger la cosecha suya propia, al ser siete entre todos, en dos meses la tenían recogida, también trabajaban sus tierras en la época de arado, y construían casas, eran buenos trabajadores, vivían económicamente bien pero la economía de la casa la llevaba Mustafá, cuando había que comprar ropa o calzado era él quien la iba a comprar, en vida de su esposa hacía lo mismo.

Todos cenaban con un hambre atroz. Mustafá advirtió una ligera alegría en el rostro de Arundína, pensó que era el embarazo que la estaba haciendo bella como ocurre en la mayoría de las mujeres.

CAPITULO -8 –

Arundína estaba en el noveno mes. De Benjamin no sabía nada desde la última vez que se vieron. Ella tenía una vida muy sacrificada a Mustafá y a sus hijos, no le quedaba tiempo para ella, con el vientre que tenía le costaba mucho esfuerzo y trabajo hacer todo en casa. Clementa se apiadó de ella y la acompañaba para lavar la ropa a la fuente la teja. Todas las semanas había dos canasta para lavar, el esfuerzo que hacía era muy grande. En los tres últimos días antes de dar a luz, Clementa se la llevó a su casa para que pariera allí.

Era de madrugada, empezaron los dolores de parto. Clementa sabía que todavía le quedaban horas para dar a luz pero no se separó de su lado. Había una mujer que ayudaba a parir, esperó a que amaneciera para ir a buscarla. Llamó a la puerta, la mujer abrió con los ojos entornados todavía por el sueño.

-¿Qué quieres?-le pregunto.

-Creo que mi hija está a punto de parir.

-Ahora me visto y vamos-dijo la comadrona.

Al llegar a la casa, estaba esperando en la puerta Hakim, y al verlas les dijo.

-¡Daos prisa, creo que la niña está pariendo sola!.

Así era, estaba asomando la cabecita del bebé. Rápidamente la comadrona hizo todo el trabajo para que el niño saliera. Era guapo, un bebé precioso con mucho pelo negro. En esos instantes Arundína pensó en Benjamin, le dijo que sería un niño, no se había equivocado, era su hijo.

En la canastilla que Arundína había hecho, tenía de todo para vestir al recién nacido. De esto no sabía mucho, fue su madre que la ayudó a confeccionar toda la ropita.

Arundína tenía dieciséis años, todavía era una niña, su madre quería que el niño se llamara Amalio como el padre de ella. Arundína se negó diciendo.

-Se va a llamar Calisto.

-¿Por qué le pones ese nombre si nadie de nuestra familia se llama así?.

-A mí me gusta-dijo ella-Es mi hijo y quiero que se llame de esa manera.

-Siempre se le han puesto a los hijos el nombre de los abuelos-dijo Clementa un poco contrariada- ¿Qué tiene el nombre de Calisto para que te guste?.

-Mi hijo será esbelto y el más bello de todos los hombres, es por esa razón que quiero que se llame así.

-Ya te está saliendo el amor de madre, ya verás lo que se sufre con los hijos cuando empiezan a crecer.

En los oídos de Arundína oía las palabras de Benjamin diciéndole- Calisto es el nombre que tienes que ponerle a nuestro hijo, porque será un hombre bellísimo.

Clementa no insistió, se dio cuenta de la decisión de su hija y no dijo nada más.

Mustafá y sus hijos conocieron al niño a la semana de nacer, cuando Arundína volvió a la casa. Los hijos de él lo miraban con desaire, no se acercaron a besarlo, Mustafá tampoco lo hizo. Fue al registro civil a inscribirlo con sus apellidos y de nombre Calisto. Representaba que el pequeño era hijo de él.

Calisto a la edad de un mes fue bautizado en la iglesia de santa Ana. Arundína lo amamantaba, le daba mucho cariño, lo tenía siempre con ella acostado en su cuna de madera. Era un bebé muy saludable, guapo y tranquilo, hacía las delicias de su madre, para ella era como tener cerca a Benjamin por el parecido tan grande que tenía con él. Había heredado sus rasgos bellos y masculinos, de ella sus ojos color verde aceituna y sus cabellos negros ondulados.

Arundína hacía todo el trabajo de la casa y la comida, no podía ir a lavar la ropa sucia de la semana y dejarse a su hijo solo durante tres y cuatro horas. Mustafá pagaba a la mujer que les lavaba la ropa antes de casarse, era ella la encargada de ir a fuente la teja y hacer la colada hasta que el niño tuviera tres años y pudiera acompañar a su madre en esa tarea.

Los dos hijos menores de Mustafá y lazarillos de Arundína, fueron con su padre y hermanos a trabajar para aprender el oficio de mesoneros, ella se quedaba sola con su hijo en casa. Mustafá pensaba que no hacía falta que sus hijos menores la vigilaran, era madre y estaba amamantando a su

Hijo, no le quedaba tiempo de salir a la calle con todo el trabajo que tenía en la casa.

Una mañana después que todos se fueron a trabajar, llamaron a la puerta, Arundína abrió, era un niño mal vestido, tenía en mano una carta cerrada, se la entregó. Estando a solas la abrió, era de Benjamin, le decía de verse por la tarde con el niño a los pies de la Alhambra. Ella se volvió loca de alegría, hacía un año que no se habían visto, después de leer la carta la quedó.

Vistió a Calisto con su mejor ropa, ella hizo lo mismo. Salió de la casa cerrando la puerta con llave y se dirigió a la Alhambra. A la mitad del camino en la cuesta del canalillo, estaba esperándola Benjamin debajo la sombra de los arboles. Él corrió hacía ella y la abrazó con el niño en brazos, los tres formaban uno. Cuando se separaron Benjamin abrió el chal de Arundína y cogió al niño en sus brazos, lo besaba y lo besaba y dijo.

-¡Este es mi hijo, la misma imagen mía!

Arundína lloraba por la emoción que sentía, ese recuerdo quedaría en su memoria para siempre.

Benjamin estaba muy cambiado, no era el joven que ella conoció y que la hizo tan feliz en los pocos días que se vieron. Ella seguía tan enamorada de él como al principio pero sabía que lo de ellos era un amor imposible.

-¿Cómo es tu vida ahora?-pregunto Benjamin.

-La misma de antes, no ha cambiado en nada, tengo un marido serio y distante, apenas nos hablamos, con sus hijos pasa lo mismo.

Benjamin la miraba con ganas de besarla, pero se retuvo, no podía hacer eso después de estar un año sin verse y sin saber nada el uno del otro. Ella estaba casada, tenía que respetar al hombre que se había hecho cargo de ella y de su hijo.

-Voy a darte una noticia-dijo él-En dos meses voy a contraer matrimonio con una joven de veinte años de la ciudad de Almería donde yo resido.

-¿La quieres?-pregunto ella con los ojos húmedos.

-Es guapa y conoce las tareas de la casa.

-No has respondido a mi pregunta. ¿La amas?.

-Estoy seguro que eso vendrá después, la mayoría de parejas se casan sin amarse.

-Es normal que a tu edad formes una familia, es bueno para ti.

-Lo mejor para mi hubieses sido tu, de eso estoy seguro, pero el destino no lo ha querido. El amor se ha vuelto en contra de nosotros dos y lo ha reemplazado por este hijo bendito que tengo en los brazos y que es igual que yo.

Arundína no pudo retener las lágrimas y lloró sobre el hombro de él.

-¡Cuánto hubiese yo dado por ser tu esposa!-dijo ella- Pero todo lo que he hecho contigo, de nada estoy arrepentida. Me has dado un hijo maravilloso y lleno de ternura, estoy segura que va a tener tu carácter y tu gallardía. Cuando lo mire estaré viéndote a ti.

Benjamin besó la frente de ella, solo tenía dieciséis años, todavía era una niña y una vida entera que vivir.

Se dijeron a dios con mucha nostalgia, para él empezaba una vida nueva pero nunca olvidaría a su gran amor que era Arundína, ni a su hijo. Todo lo que el destino tenía preparado para los dos, era incertidumbre por lo jóvenes que eran.

CAPITULO -9 –

Habían pasado tres años, desde todo ese tiempo Arundína no supo nada de Benjamin. Estaba casado y sería padre de un hijo o hija. Ella seguía en la misma situación de antes, trabajaba para siete hombres sin tener ninguna recompensa y ninguna palabra de agradecimiento, su hijo era quién hacía que siguiera viviendo. Era un ángel venido del cielo, ella en tres años no le cortó el pelo, le llegaba hasta los hombro, negro y rizado como ella. Cuándo lo llevaba a la fuente la teja para hacer la colada, las mujeres que habían lavando, admiraban su belleza y decían de él, ser un niño encantador.

Arundína había perdido algunos kilos, su estado de salud era débil, mucho trabajo cada día sin descansar, no era una esposa sino una criada de muchos en casa. Ella ya no podía con todo el trabajo, y, una noche mientras cenaban, ella dijo a Mustafá.

-Necesito un tiempo de descanso para mí.

Padre e hijos se miraron, ninguno estaba de acuerdo en lo que ella exponía. Mustafá dijo.

-La vida de una esposa es la que tú tienes. ¿Quieres que te mande a un balneario?.

Los hijos de él se rieron con burla.

-He pensado ir a casa de mis padres para descansar unos días hasta que me encuentre mejor.

-Tu casa es esta-dijo Mustafá- Yo no te prohíbo que vayas a ver a tus padres pero, de eso a que te quedes allí, no te lo permito, nosotros te necesitamos ¿con diecinueve años que tienes estás cansada?.

-No tengo fuerzas para seguir lavando, limpiando la casa que es grande y hacer grandes cazuelas de comida, no puedo ocuparme de mi hijo porque todo el tiempo lo empleo aquí para todos vosotros.

Mustafá enfadado se levanto de la mesa a medio comer y, como el que está dando un discurso dijo.

-Mis hijos y yo trabajamos todo el día sin parar para que aquí en la casa no falte de nada, ni a ti ni a tu hijo. Quiero que comprendas que si no es por mí, hoy estarías en la calle pidiendo limosna.

Arundína arrancó en llanto. Calisto aunque era un niño se daba cuenta en la situación que estaba su madre, fue hasta ella y se abrazó a su cintura para consolarla. Mustafá al ver lo que estaba ocurriendo, bajó el tono de voz y dijo.

-Siempre te sales con la tuya, te doy tres días para que te vayas a casa de tus padres pero, recuerda, cuando vuelvas vas a encontrar más trabajo acumulado.

Terminaron de cenar, Arundína lavó todo lo que se había ensuciado y lo puso en su sitio.

A la mañana siguiente después de que todos desayunaran y se fueran al trabajo, ella se quedó limpiando y haciendo la comida para cuando volvieran al mediodía pudieran comer. Hizo un hatillo con algo de ropa para Calisto, salió cerrando la puerta y se dirigieron a casa de sus padres, hacía más de quince días que no los había visto.

Llamó con el llamador de puño de hierro. Clementa al verla con el niño de la mano y el hatillo en la otra, exclamó diciendo.

-¡Qué has hecho insensata! ¡pasa y cuéntame!.

Arundína advirtió que no era bien recibida, se sentó en una silla con su hijo en las rodillas y dijo.

-Madre, vengo para descansar aquí tres días, estoy muy agotada y no me encuentro bien.

Clementa la miraba con el ceño fruncido, y dijo.

-Tu sitio está al lado de tu marido, nosotros somos tus padres. ¿Quién se va a ocupar ahora de ellos?.

-Tres días pasan pronto, yo los necesito para reponerme.

Clementa la miraba meneando la cabeza, y dijo.

-¡Cuando venga tu padre y te vea se va a enfadar y, la va a emprender conmigo como hace siempre!.

-Madre, necesito que un médico me vea, yo no tengo medios para pagarlo.

-En el hospital de san Juan de Dios no se paga y hay buenos médicos, ve ahora y déjame al niño.

Arundína se encaminó al hospital, no llevaba fuerza para andar. Todas las salas dónde recibían los médicos estaban llenas de gente pobre y harapienta.

Cuando ella entró, el médico que había era un hombre de cuarenta años aproximadamente, de semblante serio y muy cualificado en su oficio. La estuvo exculpando por el pecho y espalda. Después hizo que se sentara y dio su diagnóstico, dijo.

-Tienes principio de tuberculosis. ¿Con quién vives?.

-En casa de mi marido y sus seis hijos.

-¿Tienes siete hombres a tu cargo?.

-Sí señor.

-¿Qué edad tienes?.

-Diecinueve años y un hijo de tres.

-¡Ha, ya comprendo! ¿No tienes padres?.

-Sí, pero dicen que mi sitio está al lado de mi marido.

El médico la miró y sintió lástima por ella, tan joven y una vida tan difícil que tenía para vivir. Le extendió una receta y le dijo.

-Este medicamento tienes que tomarlo todos los días sin dejarte uno. Te recomiendo que no hagas trabajo forzoso, que reposes y comas bien.

Arundína dio las gracias y salió de la consulta del médico.

En casa de sus padres estaban comiendo. Él al verla entrar puso mala cara, sabía lo ocurrido por su mujer, lo había puesto al corriente. Clementa le hizo un gesto para que se sentara y comiera con ellos. Se puso al lado de su hijo Calisto que comía ajeno a todo. Clementa le preguntó.

-¿Qué te ha dicho el médico?.

-Dice que tengo principio de tuberculosis, me ha dado esta receta para ir a comprar este medicamento.

Hakim comía como si a él no le importara nada.

-Tienes que volver a tu casa para que tu marido lo compre-dijo Clementa- Luego coges al niño y te vas.

-Dice el médico que no puedo hacer esfuerzos y que tenga reposo.

Hakim dio un palmetazo en la mesa y con ira dijo.

-¿Quién te has creído que eres, una reina? ¡Tu casa no es esta, tienes que irte!.

Arundína rompió en sollozos. No tenía gana de

Comer y se dejó en el plato la comida que su madre le puso.

Volver a casa, era seguir trabajando y muy duro, nadie sentía compasión de ella, si no fuera porque tenía a su hijo, se hubiese quitado la vida, muchas veces le pasaba esta idea por la cabeza. Su padre no le perdonaría nunca que hubiera amado a un judío y menos tener un hijo suyo. Al niño no lo miraba apenas, para él era vas tardo. Clementa tampoco demostraba sus sentimientos hacía el niño, sentía miedo encariñarse con él y pagaría por eso, su marido no se lo perdonaría.

Arundína cogió a su hijo de la mano y se fue. Llevaba en su corazón dolor y desconsuelo, ni ella ni su hijo eran queridos por sus padres, pensaba no volver nunca más.

Al llegar la noche, Mustafá y sus hijos volvieron del trabajo, se llevaron una sorpresa a ver a Arundína terminando de hacer la cena.

-¿Qué ha sucedido para que no estés en casa de tus padres?-preguntó Mustafá.

Arundína no respondió, le mostró la receta que el médico le dio y le dijo.

-Necesito que compres este medicamento.

-¿Esto qué es y para quién es?-preguntó él.

-Estoy enferma y necesito curarme.

-¿Qué enfermedad tienes?.

-Es de pecho.

-¿De tuberculosis?.

-Eso me ha dicho.

Mustafá había visto gente morir de esa enfermedad, en su casa no quería que estuviera. Él fue al hospital de san Juan de Dios para arreglar los papales e ingresarla en un centro de infecciosos. Calisto al tener tres años, no podía quedarse sólo en casa y lo llevó con sus abuelos.

Arundína estuvo un años ingresada y salió curada. Su más grade deseo era poder tener a su hijo entre sus brazos, el día que sucedió, nadie los podía separar. En un año había crecido bastante, era un niño guapísimo, la misma imagen que su padre y el color de los ojos de ella y el pelo. Al tenerlo largo Clementa le hacía una cola, parecía un hombrecito. Los dos volvieron a casa de Mustafá.

CAPITULO -10 -

Arundína había engordado algunos kilos, su recuperación fue absoluta, ahora cogía el trabajo de la casa de otra manera, lo que podía hacer en un día lo hacía y lo que no, se quedaba por hacer.

Calisto iba a la escuela, ella le abrió matrícula para todos los días de la semana. Quería que su hijo aprendiera a leer y escribir, sus deseos eran que más tarde fuera a la universidad y estudiara una carrera. Era inteligente, lo cogía todo al momento, tenía mucho desparpajo y con cuatro años pronunciaba bien. En la escuela era muy aplicado, los demás niños aprendían de él. Cuando volvía con su madre de la escuela, le gustaba pararse en los árboles para mirar los nidos de pájaros, no los tocaba, se complacía solo en mirarlos con los polluelos dentro, a cada pollito le ponía un nombre para identificarlos al día siguiente. Arundína cada día se maravillaba más de él. Era igual que su padre, tierno, bondadoso y buena persona, eso para ella era lo más importante. Había días que se encontraban al ir a la escuela con manadas de cerdos que los llevaban para qué comieran bellotas

En el campo, le gustaba tocarlos y acariciarlos, los animales se dejaban.

Un día se les atravesó una serpiente por el camino donde pasaban, Arundína se asustó y quiso retroceder, Calisto le dijo con mucha tranquilidad.

-Madre, no tengas miedo, ella va por su camino y nosotros por el nuestro.

Había muchas cosas de él que a ella le sorprendían. No le tenía miedo a ningún animal del campo. Al pasar por rocas había lagartos encima tomando el sol, se acercaba y cogía uno, le acariciaba la cabeza, el animal se quedaba quieto hasta que lo dejaba en su sitio, luego se iba y se metía dentro de la roca. Calisto no era como otro niño, eso saltaba a la vista.

Por la noche estando todos en la mesa cenando, el hijo mayor de Mustafá se dirigió a Arundína en unos términos brutales diciendo.

-¡No quiero que Calisto coma con nosotros! ¡Es mejor que se vaya a comer con la piara de cerdos que acaricia todos los días!.

-Es un niño y le gusta los animales-dijo Arundína.

-¡Sabes que nosotros somos musulmanes y aunque hayamos cogido la religión católica, en nuestra casa no entra carne de ese animal!.

-Yo no puedo hacer nada para evitarlo, su instinto es más rápido que yo. Cuando me doy cuenta está acariciando cualquier animal. Hay veces que tengo miedo pero él está seguro de lo que hace.

Mustafá intervino diciendo.

-Cada vez que nos sentamos en la mesa, Calisto se lava las manos, yo lo veo.

-¡Padre, tu eres el primero que dice, que a los animales impuros no hay que tocarlos! ¿Por qué lo defiendes ahora?.

-¡No lo estoy defendiendo, lo que digo es que cada vez que vamos a comer o cenar, se lava las manos con jabón! ¡Para mí con eso es suficiente!.

Calisto comía sin prestar atención a lo que se decía, le daba igual, de todas maneras iba a seguir haciendo lo mismo, nadie se lo iba a impedir.

Los cuatro hijos mayores le cogieron manía al niño, los seis hijos de Mustafá y él mismo, apenas sabían leer y escribir, toda su vida la dedicaron

a trabajar para vivir bien y que de nada les faltaran.

Arundína todo su tiempo libre lo dedicaba a su hijo, por la tarde al regresar de la escuela, se ponía con él y le ayudaba hacer los deberes. Ella no pensaba en otra cosa que no fuera su hijo, muchas veces se complacía mirarlo mientras escribía en una página de su bloc. Le daba gracias a dios de haberle dado ese hijo de tanta belleza y de tanto amor hacía los animales, cuando estaba con ellos les hablaba, hacía como si ellos les respondieran. Un día ella le preguntó.

-¿Por qué le hablas a los animales?.

-Ellos me entienden y me responden, es como si hablara contigo ¿Verdad que me entiendes?.

-¿De qué manera te responden?.

-Ellos lo hacen con gestos utilizando su cuerpo, también con la mirada, sólo hay que entenderlos.

-¿Quién te ha enseñado hacerlo?.

-Nadie, es cosa mía, sé que funciona de esa manera.

Arundína lo colmaba de besos. A causa de todo este cariño que le demostraba, los hijos de Mustafá no lo aceptaban por celos y envidia. Ellos nunca tuvieron una caricia, la madre murió de una enfermedad larga, Mustafá era un buen hombre pero no sabía dar cariño, toda su vida la dedicó a trabajar desde que era niño.

Una mañana amaneció con mucha niebla, parecía que fuera de noche. Arundína llevó a Calisto a la escuela, ningún día faltaba aunque estuviera lloviendo, ella quería que su hijo fuera alguien importante en la vida. El camino que tenían para ir a la escuela era campo, las escuelas para niños y niñas estaban cerca del cementerio, el acceso no era bueno en esa parte alta del albaicín. La niebla era cada vez más espesa según iban subiendo, de pronto, dos lobos aparecieron delante de ellos. Arundína llena de temor, cogió a su hijo en brazos para protegerlo y empezó a gritar pidiendo auxilio. A los gritos que daba, los lobos retrocedieron, estaban ellos más asustados. Calisto dijo a su madre que lo dejara en el suelo, ella con mucho tiento lo fue haciendo. El niño se acercó a los dos animales,

les hablaba y les acariciaba la cabeza. La gente que había en la montaña y cerca de la escuela, salieron al oír los gritos de Arundína, ellos fueron testigos de lo que estaba sucediendo entre Calisto y los dos lobos. Pronto se cundió por toda Granada que el hijo de Mustafá y de Arundína tenía poderes sobre los animales. Quién los conocían creían que Calisto era el hijo menor de Mustafá. Pronto llegó a oídos de él y de sus hijos los poderes atribuidos por la gente que lo vieron.

Los hijos de Mustafá no querían a Calisto, la envidia que sentían hacía él era grande. El mayor de los hijos algunas veces para llamarlo le decía vas tardo. Arundína sufría los malos tratos de su hijo y los suyos en silencio. Muchas veces Mustafá veía lo que sucedía y se callaba. Su hijo mayor no era una persona recomendable para nadie, en alguna ocasión que Mustafá quiso intervenir, su hijo le recordaba que ese niño no era suyo y que ella era recogida de la calle. También le reprochaba a su padre, darle casa y comida puesto que ellos dos no compartían dormitorio, ella sólo era la criada y tenía que obedecer las órdenes que se les daba y cuando no lo hiciera la echarían a la calle.

CAPITULO -11 –

Calisto había cumplido diecisiete años, se estaba preparando para entrar en la universidad de los jardines del triunfo, la primera universidad del mundo creada por los reyes católicos, es el hospital real. Allí se estudiaba medicina, esa era la carrera que Calisto quería estudiar.

Arundína al no tener dinero para libros y estudios, habló con Mustafá para que la ayudara. Lo hacía a escondidas de sus hijos. Los dos mayores se habían casado y vivían cada uno en su casa que habían construido. Los seis hijos querían que Calisto en tiempo de aceituna fuera al campo como todos ellos y en la demás temporada hiciera de mesonero.

Arundína se opuso rotundamente, decía que su hijo había nacido para algo mejor, era un buen estudiante y muy inteligente.

Calisto iba a la universidad del hospital real. Estudiaba con otro grupo de muchachos al lado de los médicos, cada día veían casos de enfermedades

que daban pena, de gente que fruía por los dolores que les causaba ese mal. Veía todos los días autopsias, quería formarse en un buen médico y ayudar a mucha gente necesitada.

La salud de Mustafá iba de mal en peor, hacía un año se resentía de dolores en el pecho, el médico que lo trataba le decía que no trabajara más, tenía setenta y dos años y necesitaba ya descansar. El se resistía, decía que aún era joven para dejar el trabajo. Una noche mientras dormía murió. Los bienes que tenía eran muchos, había trabajado toda su vida a la edad de ocho años. Arundína al estar casada con él, le tocaba una parte y a Calisto otra por estar reconocido como hijo. Los hijos de Mustafá se oponían a darles lo que les pertenecía de herencia. Arundína acudió a un juez para que se les diera la parte suya y la de su hijo. Ellos no se querían deshacer de la casa ni de los olivos que eran muchos. Por orden del juez la indemnizaron con una gran suma de dinero. Ella compró una casa en la calle Elvira a dos pasos del hospital real. Era grande con un gran patio y una gran palmera en medio. Tenía acceso al piso de arriba con cuatro

aposentos, en el más grande vivía ella y Calisto, los otros tres los tenía alquilados a familias. Ella tenía treinta cuatro años, a esa edad era cuando disfrutaba de gran belleza y lozanía. Vivía para ella y para su hijo.

Clementa enfermó de una enfermedad que los médicos no encontraban el por qué de sus dolencias, se quedó muy delgada, apenas se tenía de pie. Desde la última vez que Arundína estuvo en casa de ellos, no había vuelto a verlos, su padre se portó con ella muy mal, diciéndole que esa no era su casa, qué la suya estaba junto a su marido.

Arundína recibió una carta de su madre. Le decía que ella iba a morir pronto y que se hiciera cargo de su padre. La fue a ver, estaba irreconocible, sólo tenía la piel y el hueso, su cara era una calavera. Su padre estaba en casa, apenas la saludó, su orgullo de padre y de hombre se lo impedía.

La casa estaba pata arriba, la cocina sucia, en el comedor no se podía entrar de la mala olor que había, para entrar en el dormitorio de su madre, tobo que taparse la nariz y la boca, la enfermedad

qué tenía apestaba igual que un perro muerto. Allí había trabajado para limpiar una semana. Lavó a su madre, estaba de mierda hasta la espalda, dejó comida hecha y la cocina recogida.

Por la noche estando cenando con Calisto en su casa, le dijo.

-Vengo de ver a mi madre, está muy enferma, los médicos no saben qué tiene, se está muriendo.

-Hay muchas enfermedades raras, todavía no se sabe por qué aparecen, la medicina no encuentra medicamentos para curarlas y tampoco calmantes. Da pena verlos sufrir y morir-dijo Calisto.

-Mañana vuelvo a casa de mi madre para continuar con la limpieza, es necesario que vengas conmigo, es tu abuela.

-Por la abuela lo hago, pero el abuelo no se merece nada, no nos quiere.

-Hijo, si nos quiere, lo que le ocurre es que sus padres le enseñaron a ser serio y severo con la esposa e hijos para que fuera respetado, eso ha ido de generación en generación desde el principio de los tiempos.

-Madre, mañana hay dos operaciones importantes a dos pacientes, no puedo dejar de asistir. Iré a ver a la abuela cuando pueda.

-Sí hijo, acuérdate, la abuela se muere.

-¿Quién va a ocuparse después de tu padre?.

Ella lo miró y asintió, luego dijo.

-Yo me ocuparé de él, aunque fue tan fiera con mi madre, nada sabía hacer sin ella, el día que muera y será pronto, él se irá detrás, no sabe vivir solo.

En esos instantes llamaron a la puerta, Calisto abrió. Era un hombre vecino de sus abuelos, dijo.

-Vengo para deciros que Clementa ha muerto hace una hora.

Arundína y Calisto dejaron la cena a medio y se fueron.

En la entrada de la casa estaban las vecinas llorando la muerte de Clementa. Hakim sentado en una silla junto a la chimenea con los codos sobre las rodillas y con las manos cubriéndose el rostro. Al llegar Arundína y Calisto se quedó como estaba,

no tenía ninguna palabra para nadie, era como si no existiera, también estaba muerto.

Entre Arundína y Calisto lavaron el cadáver y la amortajaron. Era media noche, a la mañana siguiente los dos fueron a la funeraria para hacer los trámites del entierro. Al día siguiente Clementa fue enterrada, asistieron Arundína, Calisto y las vecinas, Hakim no. Al regresar del entierro, se encontraron a Hakim ahogado de una biga de una de las habitaciones del segundo piso.

Pasaron quince días, el notario convocó a Arundína para hacerle entrega de la casa de sus padres, de las tierras y olivos. La casa la vendió, ella no iba a vivir dentro con tan malos recuerdos que le traía. Compró una casa nueva en la plaza del triunfo, al lado del hospital real para Calisto cuando se casara y formara una familia. Las tierras y los olivos los vendió, ella no podía hacerse cargo, eso era labor de hombres. Calisto no quería saber nada de todo eso, la carrera de medicina la tenía a medio hacer. Arundína corría con todos los gastos, su deseo fue desde siempre que su hijo fuera un buen médico cirujano.

CAPITULO -12 –

Calisto había cumplido veinticinco años y la carrera de médico cirujano terminada. Seguía trabajando en el hospital real. Arundína con cuarenta y uno tenía una belleza que era envidiada por muchas mujeres y admirada por hombres, algunos iban a la caza para ver quién se la quedaba. Aparte de tener belleza vivía en la abundancia y un hijo médico. Ella no daba palabra a ningún pretendiente, era feliz viviendo en su casa y ayudando a su hijo en todo lo que necesitara.

Calisto no sabía la verdad de quién era su padre, siempre pensó que era Mustafá, tenía sus apellidos, igual que sus seis hermanos. Arundína no quiso mover el pasado diciéndole la verdad, era posible que provocara un trastorno psicológico y entidad en él. Un día llegó a su consulta su hermano mayor, este nunca lo pudo soportar, era el mejor en todo.

-¿Hermano, en qué te puedo ayudar?-dijo Calisto.

-¡Antes de empezar quiero aclarar que no somos hermanos!.

Calisto al conocer su carácter sonrió, luego dijo.

-Los dos somos del mismo padre aunque no de la misma madre.

-¿Ella no te ha contado la verdad?.

-¿A qué te estás refiriendo?.

-¡Pregúntaselo a ella, te lo dirá mejor!.

Calisto se puso de pie, estaba muy enfadado, hablaba mal de su madre, y su madre era intocable.

Le señaló la salida y le dijo.

-¡Fuera de aquí! ¿Para esto has venido?.

-¡Hacía tiempo que te lo quería decir, porque estaba seguro que ella te lo había escondido!.

Calisto quedó desolado, sabía que su hermano mayor era mala persona, desde niño nunca lo trató bien, le daba empujones, lo tiraba al suelo, lo llamaba vas tardo, nunca supo por qué lo decía. Ese día lo pasó muy mal en la consulta. Por la noche estando cenando en su casa, pregunto.

-¿Madre, tienes algo que contarme?.

Ella lo miraba sin saber qué quería decir, notó tristeza en el rostro de él, y preguntó.

-¿Por qué no eres más explícito?.

-Hoy ha estado en mi consulta el hijo mayor de Mustafá.

Al decir eso, ella se quedó blanca como el papel.

-¿Qué ha ido a contarte?.

-Madre, lo sabes. Quiero saber quién es mi padre.

Por las mejillas de Arundína resbalaron dos lágrimas. Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo seguir comiendo.

-Madre, no puedo ver qué lloras, desde que era niño iba contigo de la mano, siempre llevabas una lágrima en tu mejilla, no puedo olvidarlo. Sólo quiero que me digas quién es mi padre.

Arundína bebió un trago de agua, miró a su hijo de frente y le dijo.

-Tú padre es el hombre más maravilloso que hay en la tierra, sigue siendo el amor de mi vida y siempre lo será.

-Sí es así ¿Por qué te casaste con Mustafá?.

-Yo no quería, fue mi padre, me obligó hacerlo. Estaba embarazada de ti de un mes. Entre los dos pactaron que nos casáramos y que Mustafá te diera su apellido.

-¿Por qué el abuelo no quiso a mi padre?.

-Porque es de raza judía. Yo tenía quince años, los dos nos enamoramos perdidamente. Mi padre lo denunció por abuso de menores y lo desterraron de Granada, se fue con sus padres y sus dos hermanas a vivir a Almería. Allí se casó.

-¿Cómo lo sabes?.

-Tú tenías un año, quiso que nos viéramos para conocerte y para decirme que se casaba con una joven de Almería. Cuando me lo dijo, el mundo se me vino abajo ¡Lo amaba tanto!.

Calisto cogió las manos de su madre y las besó repetidas veces, lloró por ella y por su padre. ¡Tanto amor para no poder amarse!.

-Madre, nunca me dijiste nada, lo tenías muy bien guardado. ¿Jamás me lo hubieras dicho?.

-Sí era para hacerte daño no.

-Quiero saber cómo es mi padre-dijo Calisto.

-Cuando nos conocimos él, tenía la edad que tú tienes ahora, eres la misma imagen que él. Menos el color de los ojos que es el mismo mío. Es alto y esbelto como tú, el nombre que llevas, lo eligió él quiso que te llamaras Calisto por que ibas a ser bellísimo, no se equivocó.

-Madre, ¿En todos estos años no te ha gustado otro hombre?.

-Antes por estar casada con Mustafá y ahora porque estoy libre, no puedo pensar en otro hombre que no sea él. Hay veces que me desespero cuando pienso que otra mujer lo está amando.

-¿Cómo se llama mi padre?.

-Benjamin y de apellido, Hallar.

-Me gusta, da nombre a gallardía.

-Eso decía que tú serías, un gallardo caballero, en eso tampoco se equivocó.

Calisto soñaba cada noche en poder conocer a su padre. ¡Cuánto daría qué llegara ese día!. Por su madre sentía mucha pena, sabía lo mucho que había trabajado para darle un carrera.

CAPITULO -13 –

Un día llegó a su consulta una mujer acompañada de su hija, era joven de aproximadamente veinte años, era para la madre tenía una dolencia cardiaca, después de estar examinándola, la dejó ingresada en el hospital, la hija lloraba pidiendo a dios que su madre se curara. Era morena, ojos negros y cabellos oscuros. Calisto se quedó en la consulta hablando con ella, sentía mucha compasión por la madre y por la hija.

-¿Cómo te llamas?-le preguntó.

-María.

-¿Tienes padre?.

-No Doctor, murió siendo yo niña. Vivo con mi madre, las dos trabajamos en la limpieza para pagar el alquiler de la casa donde vivimos.

-Tú madre no va a poder seguir trabajando, está muy enferma.

-No podremos pagar el alquiler de la casa, el dinero que a mí me dan es poco.

-¿Dónde vivís?-siguió preguntando Calisto.

-En el barrio realejo, en la calle san Matías.

María seguía llorando, pensaba en su madre y en no poder seguir pagando el alquiler de la vivienda.

-No te preocupes, todo tiene solución-dijo Calisto.

-Doctor, lo de mi madre y lo mío no.

-Ven mañana a verme, es posible que haya encontrado la solución.

-Doctor, no lo entiendo, creo que lo nuestro es cuestión de un milagro.

-Mañana te espero en mi consulta.

María se levantó y se fue.

Calisto habló con el jefe de personal del hospital para que le diera trabajo a una joven, en auxiliar en el pabellón de mujeres.

A la mañana siguiente, María estaba en la consulta. Calisto le dio una carta para que la entregara en la oficina del hospital. Dos días después empezó a trabajar como auxiliar ganando un buen sueldo.

Calisto siempre que podía escaparse del hospital para tener medio día de descanso, se iba al campo con su amigo Maulio, era otro médico, habían estudiado la carrera de medicina juntos. A Maulio le gustaba ir con Calisto y meterse dentro de la naturaleza, aprendía mucho de él, conocía el nombre de muchas aves, el de las mariposas y de muchos animales. Tenía un don especial para comunicarse con ellos, ya de niño cuando pasaba con su madre cruzando el campo, los cogía y los acariciaba, Arundína pasaba miedo de que un día un animal lo atacara.

Maulio estaba aprendiendo junto a Calisto el mundo animal y la naturaleza.

Andaban entre matorrales y pinos, sobre las ramas de un árbol habían varían especies de pájaros, eran muy bonitos, tenían un trino que hacía adormecer y relajarse.

-Ese pájaro que está trinado y que es amarillo y azul, se llama, petirrojo-dijo Calisto.

-¿De donde lo has aprendido?-preguntó Maulio.

-Sólo puedo decirte que lo sé. ¿ve el otro que está en la rama de arriba?. Se llama grajilla, también es

un ejemplar color gris y blanco. La naturaleza es grandiosa, así podíamos estar todo el día.

Los dos iban mirando qué animal podían descubrir. En un matorral había una mariposa comiendo de su néctar, Calisto señalándola dijo.

-Se llama hesperia, es preciosa de dos colores, dorado y blanco.

-Me gustaría saber de la naturaleza la mitad que tú-dijo Maulio-¿Es tu madre que te ha enseñado todo lo que sabes?.

Calisto se rió, luego dijo.

-¡Pobrecilla! Si supieras los sustos que le he dado desde que era un niño.

-¿De qué te viene esta acción a la naturaleza?.

-No puedo decírtelo porque no losé, nací con este don, si es que se puede llamar así.

-Yo diría que sí, todo lo que es innato y sale de dentro, se llama don. Hace tiempo oí decir a un anciano que, las personas que poseen un alma bella son aquellas que aman todo lo creado.

-¡Recuerdas quién era ese anciano?.

-Tenía amistad con mi abuelo, venía por las noches y se sentaban en la puerta de la casa. A mí me gustaba oír lo que decía, sabía muchas historias y las contaba. Ya hace años que murió.

Una ardilla bajaba por el tronco de un árbol, tanto Calisto como Maulio se quedaron quietos para ver que hacía. Calisto siempre que iba al campo llevaba en el bolsillo de su pantalón, un puñado de almendras partidas para dárselas a los animales. La ardilla fue directa hacía los pies de Calisto él, le dio tres almendras, el animal las cogió y seguidamente trepó por el tronco del árbol y se introdujo dentro.

-¡Qué barbaridad, lo que acabo de ver!-dijo extrañado Maulio.

-La ardilla me conoce-dijo Calisto-Siempre que vengo al campo le traigo un regalo. Más adelante vamos a encontrar más, cuando me vean van a bajar para que les dé.

Maulio estaba maravillado de todo lo que estaba viendo junto a su amigo Calisto, siempre que podía lo acompañaba a la pequeña selva como él la llamaba.

En pocas ocasiones podían hablar de sus cosas por el trabajo que siempre tenían. Maulio depositaba toda su confianza en su amigo Calisto, había algo en su vida que no le gustaba y le dijo mientras paseaban por el campo.

-Estoy pasando por un momento algo difícil para decidirme en lo que quiero hacer. Eres mi mejor amigo y la mejor persona que conozco, quiero que me aconsejes.

-¿Tan difícil es la situación que sabes resolverla por ti mismo?-dijo Calisto.

-Tengo veintisiete años, mi madre quiere que me case con una prima hermana mía, dice que lo hace para que la fortuna se quede en la familia.

-¿Te gusta tu prima?-preguntó Calisto.

-No. Es de piel muy morena y no tiene gracia al hablar ni sabe comunicarse con nadie, es de gestos rudos, parece que se haya criado en el campo con las cabras.

-En ese caso no te cases con ella, tienes que aguantarla toda la vida solo porque tiene dinero y se quede en vuestras arcas.

-Esto precisamente lo he hablado con mi madre y con mi padre. Ellos dicen, que antes de querer a una extraña tengo que aceptar a mi prima. ¿Lo harías tú?.

-Sólo me casaría con la mujer que amo. La felicidad depende de uno mismo.

-No sé qué hacer, estoy enloquecido. Ella es tres años mayor que yo, cuando éramos niños y jugábamos en la calle, siempre me pegaba y me tiraba al suelo si no hacía lo que ella quería.

-No le des más vueltas, haz lo que te dicte tu corazón.

-Mi corazón ahora mismo está muerto, no siento nada, me veo encadenado sin poderme deshacer de esas cadenas que mis padres me han puesto.

- Di a tus padres que no la quieres, que no puedes casarte con ella.

-Lo saben, se lo he dicho, pero dicen que el cariño viene después.

-No los creas. Ellos también se casaron sin quererse y aún no se quieren, la prueba está en lo que tratan de hacer contigo.

-Estoy en un callejón sin salida, la boda será para dentro de tres meses.

-Amigo mío qué feo veo todo esto. Eres tú quién tienes que buscar la solución-dijo Calisto.

-¿En caso que tuvieras tus padres que les dirías?.

- Renunciar a mi fortuna, a la herencia de ellos, de esa manera sería libre.

-No lo había pensado, me has dado un buen consejo-dijo Maulio- No me hace falta la herencia de mis padres, tengo un buen trabajo en el hospital. Sé que esto va a ser un palo fuerte para ellos, pero tengo que ser un hombre y hacerlo.

-Es posible que tu familia no te hable después, ni siquiera tus padres y te dejen a un lado.

- Mi padre y su familia lo hará, mi prima es hija de un hermano suyo, mi madre sufrirá todo en silencio-dijo Maulio.

-Las madres están para sufrir. La mía padeció mucho y aguantó por mí lo que no hay escrito.

-¿Tu padre le dio mala vida?-preguntó Maulio.

-Amigo mío, es una historia muy larga de

contar. Las mujeres lo tienen peor que los hombres. Ellas hacen lo que dice el padre sin rechistar.

Maulio quedó conforme con el consejo de Calisto, estaba decidido a renunciar de su herencia con tal de no casarse con su prima.

María estaba contenta con su nuevo trabajo de auxiliar en el hospital real, trabajaba mucho pero comía bien y tenía fuerzas para seguir. Limpiaba, lavaba y daba de comer a las enfermas que peor estaban, cada día que pasaba aprendía más.

Su madre se recuperó de la dolencia cardiaca que padecía pero, no trabajó más por orden del Doctor Calisto Hasbún. Quería agradecerle todo el bien que había hecho por ella y por su hija. Un día se presentó en la casa de Arundina, ella no la conocía de nada, ninguna de las dos se conocían. Al abrir la puerta vio a una mujer de mediana estatura y entrada en carnes, le preguntó.

-¿Qué se le ofrece?.

-¿Es usted la madre del Doctor Calisto Hasbún?.

-Sí. ¿Qué desea?.

-Necesito hablar con usted.

-Pase-dijo Arundína.

Se sentaron en una tarima de madera y llena de cojines. Arundína esperaba que la mujer dijera algo.

-Me llamo Flora. Su hijo, o sea el Doctor Calisto Hasbún, tanto mi hija como yo tenemos mucho que agradecerle. Dio en el hospital un trabajo a mi hija María y a mí me ha curado de la dolencia que padecía de corazón.

Arundína escuchaba las palabras de Flora sin entender a dónde quería llegar. Ella no estaba al corriente de nada.

-¿Quiere decir exactamente para qué ha venido?-preguntó.

-Quiero prestar en esta casa mi ayuda desinteresadamente.

-¿Quiere trabajar para mí? ¿Eso es lo que me está diciendo?-preguntó Arundína.

-Sí señora.

-No necesito a nadie para la limpieza ni para otra

cosa. Me alegro mucho que mi hijo las haya ayudado, es su manera de ser.

-Señora, yo lo que pretendo es darle mi ayuda, no quiero dinero-dijo Flora-Sé cocinar, lavar hacer camas fregar suelos.

Arundína sentía compasión por ella. No necesitaba a nadie en su casa para trabajar, además, estaba enferma de corazón, no sabía cómo decírselo para que lo entendiera, y se le ocurrió la idea, le dijo.

-Flora, vaya a la consulta de mi hijo y le dice que quiere trabajar aquí en casa.

-¿Creé que lo va aceptar?.

-Usted pruebe, si le dice que sí viene.

-Señora, es usted muy buena. Ahora voy a la consulta del Doctor Calisto Hasbún y enseguida vuelvo.

Flora esperó más de una hora en la sala de espera, cuando entró en la consulta, Calisto se alegró verla ya mejorada y con algún kilo de más. Le preguntó.

-¿Para qué has venido?.

-Doctor, necesito su consentimiento para trabajar en la casa de usted.

Calisto se echó hacia atrás del asiento sin entender nada, miraba a Flora algo confuso, y preguntó.

-¿De qué me estás hablando?.

-Quiero agradecerle con mi trabajo todo el bien que ha hecho usted a mi hija y conmigo.

Calisto se echó a reír. Ahora entendía a Flora. Le dijo.

-Ni tú ni tu hija me debéis nada, yo sólo he cumplido con mi deber. Tú no puedes trabajar más, de lo contrario volverías a recaer, lo que tienes en el corazón es serio.

-Doctor, yo me encuentro bien y fuerte, todavía soy joven para encerrarme en mi casa.

-Flora, haz caso a lo que te digo, hoy estás bien pero mañana no lo vas a estar si haces esfuerzos.

Ella se fue de la consulta muy decepcionada, creía que estaba curada y que podía trabajar. Fue andando hasta la iglesia de san Juan de Dios, entró

Y se sentó rezando un padre nuestro. Había una monja encendiendo unas lamparillas para un santo, se acercó a ella y le dijo.

-Hermana, busco trabajo para mí. ¿Sabe de alguien honorable?.

La monja la miró, y después le preguntó.

-¿Qué edad tiene usted?.

-Cincuenta años.

-¿Está bien de salud.

-Sí.

-¿Vive sola?.

-Con mi hija, ella trabaja en el hospital real.

-Conozco a una familia muy religiosa, viven en un Carmen, tienen cinco hijos, la hija menor de sólo tres años, está paralizada en cama, cada vez que tiene que hacer sus necesidades hay que cogerla en brazos y ponerla en la escupidera. ¿Se siente usted fuerte para hacer ese trabajo?.

-¡Sí, mire los brazos que tengo, son fuertes como robles!-dijo mostrándoselos.

-Ahora le doy la dirección para que vaya, le dice

a la señora, que es de parte mía.

Flora se encaminó hacia la cuesta de los cármenes, iba contenta y deseando poder trabajar. No lo hacía por dinero, su hija ganaba lo suficiente de auxiliar, era para demostrarse a ella misma que estaba en plena forma para seguir viviendo.

En la entrada al Carmen y en el jardín que era grandioso, habían cuatro chavales jugando con lagartijas, el mayor que representaba doce años, cogió una por la cola y la puso delante de la cara de Flora para asustarla. Ella corría para defenderse del chaval. A su paso salió un hombre de cuarenta años aproximadamente, alto, delgado y de semblante serio.

-¡Mujer! ¿Por qué corre? ¡Sólo es una lagartija!- dijo él.

-Me dan miedo esos bichos-respondió Flora.

-¿Viene para asuntos de trabajo?.

-Sí señor, me envía una monja de la iglesia de san Juan de Dios.

-Mi esposa se ha ido a misa, dentro de una hora estará de regreso, es mejor que hable con ella de

este trabajo. Yo soy notario y estoy todo el día fuera de casa.

Dos de sus hijos traían por la cola una lagartija y jugando la ponían delante de la cara de Flora, ella seguía corriendo y gritando.

-Estos cuatro elementos son mis hijos y, una niña que está en la cama-dijo el dueño de la casa.

Manuel el mayor de los niños, llevaba en la mano una lagartija más grande, se la mostró a su padre diciéndole.

-Por esta que he capturado ¿Cuánto me das?.

-Igual que por todas las otras, un chavo, Por cada una que matéis os doy uno.

Había en el suelo del jardín un montoncito de lagartijas muertas. El padre pagaba dinero a sus hijos para eso.

Por la puerta de hierro junto a la verja entraba la señora de la casa. No era alta, de complexión delgada, la cabeza la llevaba cubierta por un velo negro, en la mano un libro de misa. No era tan seria como su marido. Ella se alegró al ver a Flora,

¡Por fin alguien que quería trabajar en su casa!

-¿Cómo es su nombre?-preguntó la señora.

-Flora.

-La hermana Jacinta me ha hablado de usted, siendo recomendada por ella me gustaría que trabajara en casa. ¿Sabe algo a cerca de niños?.

-Tengo una hija, tiene veinticinco años, está soltera.

-Mis hijos son buenos niños pero algo traviosos, tiene que tener un poco de paciencia con ellos. Aquí no es para que se quede a dormir, empieza su jornada a las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche, si está conforme puede empezar mañana.

-Me gustaría-dijo Flora.

-Entre en casa, le voy a presentar a la más pequeña de la familia.

En una cama se hallaba una niñas morenita de piel, cabellos negros y rizados, sonreía costándole esfuerzo por la enfermedad que padecía. Las manos las giraba de una manera extraña, los pies los tenía torcidos, las rodillas juntas.

-Le presento a Chíncara- dijo la señora con una sonrisa animando un poco la situación-Siempre que tenga necesidad en su cuerpo, tiene que cogerla en brazos y ponerla en la escupidera para que haga sus necesidades.

Flora se veía capaz de hacer eso y mucho más.

Por la noche estando cenando, habló con su hija.

-Mañana voy a empezar a trabajar en un Carmen con una familia.

María se quedó parada, ella no tenía necesidad de trabajar, tampoco podía con su estado de salud.

-¡Madre, el Doctor Calisto Hasbún, dijo que ya no podías trabajar!.

-Los médicos siempre dicen eso pero no hay que hacerles caso. ¿Qué hago aquí sola todo el día esperando a que vuelvas del trabajo?.

-Igual que hacen todas las madres, haces la comida para cuando yo vuelva y si puedes, un poco de limpieza. No tienes que hacer nada más, quiero tenerte a mi lado muchos años.

-¡Eres tan exagerada como el Doctor, yo me encuentro bien!.

A la mañana siguiente, María se fue al trabajo preocupada. Su madre se había vuelto como una niña chica, quería hacer todo lo que le venía en gana.

-¡Buenos días señora!-dijo Flora al entrar por la puerta de la casa y dispuesta para hacer lo que le mandaran.

-La niña se ha ensuciado, tiene que limpiarla y ponerla en la escupidera por si hiciera más.

El peso de la niña de tres años y enferma de parálisis, era un cuerpo muerto, pesaba el doble.

Flora estuvo todo el día trabajando sin parar, lavando ropa, haciendo camas y comida. Al llegar a la noche no se tenía de pie. Su hija la encontró muy desmejorada y con dolor en el pecho.

-Mañana no puedes ir a trabajar-le dijo a su madre-Lo que estás haciendo es absurdo, no tiene sentido ¿Es que quieres morirte?.

-Necesito sentirme útil y poder hacer las cosas que hace la demás gente, ahora tengo la oportunidad de demostrarlo.

María se fue a la cama con dolor de cabeza, su madre le estaba dando demasiados problemas, si seguía por ese camino pronto se quedaría sin ella.

María empezaba su trabajo en el hospital a las siete de la mañana, se fue muy preocupada. Al entrar en el pabellón de mujeres, se encontró con Calisto, le contó lo que sucedía. Él mismo en persona se presentó en el Carmen y habló con la dueña de la casa.

-¡Buenos días señora!-dijo-Soy el Doctor Calisto Hasbún. Flora es una paciente mía, el corazón lo tiene muy enfermo, no puede trabajar.

-¡Hola Doctor! No sabía nada sobre ella pero, ayer advertí al coger a mi hija en brazos, que apenas podía con ella, cuando la llevó a la cama, tuve yo que ayudarla.

Flora había empezado se jornada de trabajo, estaba haciendo las camas de los niños. La señora de la casa la llamó. Para ella fue una sorpresa encontrarse con el Doctor.

-Flora, deje lo que estaba haciendo y márchese – dijo la señora. ¿Por qué no me dijo que está enferma?.

-Ya no lo estoy, me curé-contestó ella.

Calisto negó, luego dijo.

-Flora, tienes que hacerme caso, tu dolencia de corazón es para siempre, en cualquier momento se puede parar.

Se fue a su casa llorando, pensaba que todos estaban en contra de ella. Sólo había pasado tres días de este incidente, que ya estaba buscando trabajo en otro Carmen. Su hija la dejó como cosa perdida, pedía a dios que su madre viviera. Llevaba una semana trabajando con otra familia adinerada. Una mañana yendo al trabajo cayó de bruces en la calle, su corazón dejó de latir.

María quedó sola, sabía que el fin de su madre iba a ser ese. Era demasiado terca, no quería reconocer que estaba enferma.

María hacia un tiempo había conocido a un joven auxiliar que trabajaba en el pabellón de hombres, los dos se gustaban y decidieron casarse. Al año tuvieron una niña, le puso de nombre Flora como su madre.

CAPITULO -14 –

Una mañana, Calisto recibió en su consulta la visita de un hombre bien parecido, representaba sesenta años. Por la impresión que le dio, no se trataba de un enfermo. Era bien parecido, ojos negros y cabello gris. Él lo miraba con mucha ternura, se recreaba en el rostro de Calisto, este lo encontró raro que alguien que iba a su consulta se fijara en él de esa manera, era la primera vez que lo veía.

-Siéntese- dijo Calisto- ¿Qué le ocurre?-le preguntó.

-La dolencia mía no está en mi cuerpo-dijo.

Calisto tomó nota para hacerle una ficha.

-Dígame su nombre.

-Benjamin, Hallar.

Calisto dejó el papel y la pluma sobre la mesa. Sabía que estaba delante de su padre. Los dos se miraban. Por las mejillas de Benjamin resbalaban dos lágrimas. Entre ellos dos no había más palabras que decirse. Calisto se puso de pie y fue hasta él.

Los dos se abrazaron. Benjamin preguntó.

-¿Conoces la historia de tu madre y mía?.

-Ella me la contó. Nunca ha dejado de quererte, siempre te lleva en su pensamiento.

-¡Y yo a ella! Lo nuestro fue un amor frustrado, un amor de los que hay pocos. Los dos tuvimos que sufrir el racismo de dos razas, tú estabas por medio y dentro del vientre de tu madre. Yo aunque tenía veinticinco años, era muy ingenuo, ella con quince, puedes imaginarte. Nos amábamos a escondidas, nos amábamos hasta el amanecer.

-Ella tanto no me ha contado por ser su hijo. Tuvo oculto que yo era tu hijo hasta hace muy poco, siempre pensé que mi padre era Mustafá Hasbún. Mi abuelo la casó con él, y cuando nací, me dio su apellido.

-Conozco toda la historia, hoy no es la primera vez que te veo. Seguía de lejos a tu madre y a ti cuando ella iba a lavar a fuente la teja, te llevaba de la mano, eras un niño precioso. Después supe de tu graduado en medicina. Desde que estabas en el vientre de tu madre, sabía que servías para esto y para mucho más, se lo decía a ella.

-Me dijo que te habías casado con una joven de Almería.

-Ella hace un año que murió. Tengo dos hijas, una se llama Inés y la otra Antonia, de veintitrés y veintiún año. Las dos están casadas, tienes dos hermanas, pronto me harán abuelo.

-¿Dónde residen?-preguntó Calisto.

-En Almería. Yo vengo mucho a Granada para seguirte desde lejos, me enorgullezco cuando digo que tengo un hijo que es médico.

-¡Estás siempre como un ladrón en acecho!-dijo Calisto bromeando.

-¿Cuándo vas a coger una mujer por esposa?.

-No tengo tiempo, trabajo mucho en el hospital, tampoco conozco a ninguna mujer que me guste. Cuando tengo un rato libre voy a mi pequeña selva, los animales y la naturaleza me gustan. También paso algunas horas con mi madre.

-¡Te habla de mí?.

-No. Sé que lo hace para no sufrir, ella te sigue queriendo. Yo tampoco te menciono por lo mismo. Se me cae el alma al suelo si la veo llorar, la he visto

tantas veces desde que yo era niño. He llorado mucho con ella, y he sufrido los malos tratos que recibía por casarse embarazada.

-¡Necesito verla! ¿Crees que me va a recibir?.

-Sería la mujer más feliz del mundo si pudiera abrazarte. Tengo que decírselo para que no la coja por sorpresa. Mañana será un buen día para que vengas conmigo-dijo Calisto.

-¿Por qué mañana y no hoy?.

-Es necesario que le hable de ti. Mañana tengo mediodía de descanso, en ese tiempo se puede hacer.

Benjamin se despidió hasta al día siguiente. Esa noche no pudo dormir pensando en el encuentro con Arundína, su gran amor.

Calisto estaba cenando con su madre, ella siempre cocinaba los platos que a él le gustaba, cerca de su hijo se encontraba bien, desde que nació nunca se habían separado.

-Madre, tengo algo que decirte-dijo Calisto.

Ella lo miraba sonriente y dijo.

-¡Sé que es!.

-¿Lo sabes?.

-Mañana tienes mediodía libre y vas a comer al campo con los animales. ¿No era eso?.

-No.

-¿De qué se trata? ¡Me tienes intrigada!.

Calisto cogió las manos de ella y las apretó con las suyas y dijo.

-¡Madre! ¿Estás preparada para ver mañana a mi padre?.

Arundína miró fijamente a su hijo. Las pupilas de sus ojos color aceituna brillaban por la emoción que sentía, después de tragar saliva dijo.

-Sabía que un día u otro tenía que suceder. Eres un médico popular, Granada y su provincia te conoce por lo buena persona que eres y el bien que haces a la gente necesitada.

-Madre. ¿Sientes alegría? ¡Sólo estás hablando de mí!. Mi padre quiere verte.

-Hijo, estoy contenta y feliz de volver a verlo, mi corazón siempre ha pertenecido a él. Ahora veo

esta historia de amor diferente. Han trascurrido muchos años él, ha vivido su vida de una manera, yo de otra, los dos hemos sufrido separados el uno del otro. Lo sigo queriendo pero no como cuando éramos jóvenes y hacíamos locuras para amarnos a escondidas.

-¡No me has preguntado cómo está!.

-Supongo que guapo y atractivo-dijo Arundína.

-¡Madre, es cierto! El cabello gris le sienta bien. Hace un año murió su esposa, tiene dos hijas y pronto va a ser abuelo. ¡Tengo dos hermanas!.

-¿De salud está bien?-preguntó Arundína.

-¡Está fuerte como un roble!.

-Mañana cuando lo vea te lo diré.

-Madre, soy médico, cuando miro a una persona a la cara sé si su salud es buena.

-¡Tú eres médico y yo mujer, cuando lo tenga delante veré cómo está!.

Calisto reía, ella nunca se había equivocado al mirar a alguien sabía el estado de su salud. Algo más quería preguntarle que para él era importante.

-Madre, si mi padre te pide que te cases con él, ¿Lo aceptarías?.

-¡Por supuesto que sí! ¡Toda la vida lo he estado esperando!. Ahora yo con cincuenta años y él sesenta, podemos realizar nuestra vida. Antes te he dicho que no será igual. Ahora los dos tenemos la cabeza sentada y también hijos mayores.

Calisto dio una carcajada que asombró a su madre, luego dijo.

-¡No creo que vosotros dos hayáis sentado la cabeza, ahora vais a recuperar el tiempo perdido!.

Arundína meneó la cabeza y con gracia dijo.

-¡Cómete esos tocinitos de cielo que he hecho para ti y que tanto te gustan!.

A la mañana siguiente, Calisto salió de su casa para encontrarse con su padre. Entre Arundína y una mujer de la limpieza que iba, dejaron la casa ordenada, para recibir visita. También cocinaron una sabrosa comida. Estaba previsto que Benjamin comiera ese día con ellos.

Arundína se puso uno de sus mejores vestidos, los

nervios los tenía un poco alborotados, quería calmarse pero no podía. Sólo pensaba en el momento que tendría a Benjamin frente a ella. No sabía si correría para echarse en sus brazos o, se quedaría delante de él parada cómo una bleda.

Todo estaba preparado. La llave en la cerradura de la puerta de entrada, se oyó que se abría. Arundína estaba temblando, deseaba que ese momento terminara ya. Pensó en ese instante que su hijo tenía razón al decirle que volverían a vivir otra nueva historia de amor.

Delante de ella estaba Calisto y su padre. Él sonreía cómo cuando eran jóvenes, su sonrisa de niño no la había perdido. Calisto estaba deseando que los dos se abrazaran, era feliz de ver a sus padres juntos.

Benjamin se adelantó y llegó hasta ella, se cogieron de la mano y se miraron, esa mirada representaba un beso de amor. Así fue como lo entendió Calisto. Ya no tenían quince ni veinticinco años y no estaban solos, tiempo tendrían después para amarse.

Calisto quería ver a sus padres unidos para

siempre, ese había sido su gran deseo desde que sabía quién era su padre.

Después de la comida, Calisto tuvo que marcharse al hospital, Benjamin y Arundína se quedaron solos. Tenían muchas cosas que contarse de tanto tiempo perdido. Él sabía cómo había sido la vida de ella, muchas veces se escapaba de Almería con su carro y su mula para ir a Granada, lo necesitaba para seguir viviendo para él era una necesidad ver aunque fuera una hora a ella y a su hijo, lo vio crecer y hacerse un hombre, lo siguió paso a paso hasta ese día.

Benjamin contaba a Arundína todo lo que tenía que hacer para verla de lejos y a su hijo.

-¿Cuántas veces te ausentabas para venir a Granada?-preguntó ella.

-Cuatro al año.

-¿Tu esposa no sospechaba nada?.

-Soy mercader de telas, le decía que iba a otra ciudad a comprarlas.

-En una de las ocasiones que vine, ibas con nuestro hijo de la mano, tenía cuatro años. Yo iba previsto

de papel y carboncillo, os estuve dibujando para tener vuestro retrato en mi cartera. Un día mi esposa estando limpiando mi abrigo, la abrió y vio lo que había dentro, no me dijo nada. Una de las veces que vine a Granada, antes de salir de casa me echó en cara diciéndome, que aquí tenía yo mi gran amor, una mujer y un hijo. Le conté la verdad y el por qué habiendo yo nacido aquí, vivía en Almería.

-¿La amabas?-preguntó Arundína.

-Aún no sé si era amor lo que sentía por ella creo, que cariño por ser la madre de mis hijas y también buena esposa.

Benjamin sacó su cartera y la hoja de papel con el dibujo de ella y de Calisto, estaba desgastado de tanto tocarlo, se lo mostró, aunque borroso, pudo reconocerse en los años de su juventud. En la actualidad su belleza no la había perdido, tenía más años pero la lozanía seguía estando presente.

-¿Cómo se llamaba tu esposa?-preguntó Arundína.

-Joaquina.

-En nuestra época de juventud me hubiese gustado conocerla.

-¿Para qué?-preguntó extrañado Benjamin.

-Siempre tuve celos de ella sin conocerla. Me imaginaba a Joaquina una mujer guapa o quizá bellísima como para que te casaras con ella.

Benjamin la miraba con ternura con gana de besarla como cuando eran jóvenes. De estrecharla entre sus brazos y decirle lo mucho que la seguía amando.

-Yo tenía celos de Mustafá, lo maldecía muchas veces por haberse casado contigo. Había noches que me quedaba hasta la madrugada sentado en la valla que hay frente a esa casa. Me imaginaba que te estaba amando.

Arundína negó varias veces, luego dijo.

-Nunca me amó, no le di paso a eso, lo respetó. Aceptó casarse conmigo para que yo fuera la criada de él y de sus seis hijos, más que criada era esclava, lo soportaba por Calisto, para que no le faltara de nada y de mayor poder darle una carrera. Todo mi trabajo y mi sacrificio estaba ahí, él era el amor de mi vida. Tuve que luchar mucho y soportar insultos de los hijos de Mustafá para que pudiera estudiar, ellos querían que trabajara en el campo

Y en la aceituna, también de mesonero cómo todos ellos. Calisto era y sigue siendo todo en mi vida.

Benjamin cogió la mano de Arundína y la besó. Luego le dijo.

-¿Has pensado que un día tiene que casarse y formar una familia?.

-Muchas veces, sé que es ley de vida. Tiene una casa que todavía no la ha estrenado, la compré yo para él con esa idea.

- Me has estado queriendo por mediación de él. Nos has amado a los dos juntos-dijo Benjamin muy orgulloso.

-Muchas noches soñaba contigo-dijo Arundína- Te veía montado sobre un caballo percherón, estabas guapo y esbelto. Cuando despertaba de mi sueño, lloraba por no poder seguir viéndote pero te seguía imaginando.

-Yo nunca te soñé, no tuve ese privilegio pero siempre estuviste viva en mi mente y en mi corazón al igual que nuestro hijo.

-Tanto amor que hemos vivido cerca y de lejos, ahora todo lo vemos como un sueño-dijo Arundína.

CAPITULO -15 –

Tanto Benjamin como Arundína confesaron cosas y hechos muy bonitos que ocurrieron a lo largo de sus vidas de uno y del otro. Los dos deseaban llegar al mismo lugar, querían unir sus vidas para siempre.

-Ahora nadie nos impide que nos casemos-dijo Benjamin.

-Eso sería lo más hermoso que hiciéramos en nuestra vida-afirmó Arundína-¿Deseas vivir en Granada?.

-Al lado tuyo donde sea.

Benjamin volvió a Almería para dejar arreglados todos sus asuntos. Habló con sus hijas para ponerlas al corriente de su matrimonio con Arundína. Ellas hacía años que lo sabían, un día su madre las puso al corriente. Ninguna de las dos quiso asistir a la boda de él. Benjamin lo vio normal y lo respetó.

Contrajeron matrimonio en la iglesia de san Gil y de santa Ana, el cura párroco ya era viejecito pero se acordaba de Arundína. Allí se casó con Mustafá,

también fue bautizado Calisto y, por último se casaba con Benjamin.

Calisto se fue a vivir a la casa que su madre le compró y que nunca había estrenado. Iba a comer al medio día y a cenar por la noche. Era feliz de ver a sus padres juntos y de quererse como se querían.

Calisto siempre que podía iba a la pequeña selva cómo él llamaba al campo dónde se encontraba con sus amigos los animales. Se echaba al suelo y jugaba con ellos, les llevaba frutos secos que les gustaban y hacían las delicias comiéndolos todos juntos.

El galopar de un caballo hizo que se diera la vuelta. Sus ojos se agrandaron al ver que quién lo montaba a pelo, era una joven de piel blanca, cabellos rubios y ojos azules, vestía falda larga y ancha color rojo y blusón escotado color blanco sin manga. Calisto se puso de pie al pasar frente a él. Era extraño lo que estaban viendo sus ojos, parecía que estuviera soñando, salía fuera de la realidad. A pocos metros de él, la joven paró su caballo. Calisto comprendió que era él quién tenía que acercarse a ella. Lo hizo, cuando estuvo delante vio que se

trataba de una mujer joven y de gran belleza.

-Estoy buscando el nido del ave que canta de noche-dijo ella.

Calisto la observaba sin responder- ¡Qué mujer más extraña!-pensaba.

-¿Para qué quieres el nido?-preguntó él.

-Es la época que ponen sus huevos.

-¿Qué vas hacer con ellos?.

-Quiero poner el nido en mi jardín, los padres vendrán y los cubrirán, de esa manera tendré pájaros cantores a mi alrededor.

-Los pájaros cantores nocturnos son muchos, está el ruiseñor, el mirlo y muchos más. No se puede hacer lo que tú quieres con criaturas de la naturaleza.

La joven seguía montada en su caballo. Sus pupilas azules las tenía clavadas en las verdes oliva de Calisto.

-¿Quién eres que sabes tanto de la naturaleza?.

-Soy el Doctor Calisto Hasbún, especialista en corazón.

La joven bajó del caballo y con los pies en el suelo le preguntó.

-¿Qué hace un médico de tu categoría en medio del campo y jugando con los animales?.

Calisto se rió, era buena pregunta, respondió.

-Quiero igual a un paciente que a un animal, los dos son hijos de la naturaleza.

-Eres justo. Me gustan los hombres que piensan de esa manera. ¿No tienes esposa?.

Calisto volvió a sonreír y dijo.

-¿Te preocupa mi estado de soltería?.

-¡Depende!.

-¿De qué?-preguntó Calisto.

-Eres atractivo, lo que puede decirse un hombre guapo.

-¿No crees que te adelantas demasiado a los acontecimientos?.

-¡Soy hombre y es a mí a quién me gusta conquistar a una mujer, no ella!.

-¡Me sigues gustando cada vez más!-dijo ella.

-Yo me he presentado ¿Tú cómo te llamas?.

-Bárbarela. ¿Te gusta mi nombre?.

-Me gusta la manera que montas a caballo.

-¡Te advierto que siempre he cogido lo que me ha gustado!-dijo ella con sonrisa picarona.

-¡Yo también!.

-¿Entonces a qué esperas?.

-¡A que haya algo que me guste!.

-¡Si dices que no me deseas, mientes!.

-¡Sería la primera vez, porque nunca he mentido!
¡Las mujeres cómo tú no me atraen!.

-¿Prefieres una fea y seca?-dijo ella con burla.

-Mi preferencia está en una buena mujer que siempre me quiera y yo la quiera a ella, No busco la belleza del universo-dijo Calisto.

-¿También conoces los temas universales?.

-Mi unión con la naturaleza me enseña colores y formas que viven en el universo.

-¡Bueno dejemos ese tema!-dijo ella-¡Me preocupa que no te hallas enamorado de mí! ¿Puedo saber

la razón? ¡Todo hombre que me mira, viene detrás como moscas!-dijo con orgullo y vanidad.

-¿Tantos son que no puedes elegir a uno?.

-¡No te hagas el gracioso y admite que de mí te has enamorado!.

Calisto quería zanzar esa conversación que para él era absurda, y no llegaba a ningún lugar. Bárbarela era una mujer frívola, presumía de su belleza y por esa razón jugaba con los hombres.

-Tus pensamientos están lejos de la realidad-dijo Calisto-Estoy perdiendo la tarde hablando contigo, mis animalitos me buscan para jugar, ellos dan mucho de sí mismos.

-¡Eres arrogante y estúpido! –Dijo ella mientras subía en su caballo dando un salto-¡No te admitiré cuando vengas pidiéndome amor como un pordiosero!.

Calisto miraba como se iba alejando. Se quedó con sus animalitos, esperaban que les diera más almendras y avellanas partidas.

El hecho de haber conocido a Bárbarela en el campo, lo había olvidado. A la mañana siguiente

Volvió al hospital como cada día. El trabajo se le acumulaba, los enfermos eran muchos y muy graves, en el hospital no habían camas libres. Calisto sufría mucho de ver tantas desgracias, tanta gente sufriendo. Habían muchos que se suicidaban, sobre todo hombres, sabían que iban a morir en la más pura desgracia y solos.

Calisto tenía la suerte de poderse escapar cuando podía un rato a su pequeña selva, los animalitos lo llenaban de atenciones y de juegos. Arundína hacía una especie de galletas con miel y canela. Calisto llevaba algunas para repartirlas, cuando las sacaba de su bolsillo, todos los animalitos iban rápido para coger su trocito.

Una mañana se presentó en su consulta Bárbarela, hacía tres meses que se encontraron en el campo y desde entonces no se habían visto. Calisto al verla se sorprendió, no esperaba que ella fuera a su consulta. Llevaba una trenza que le llegaba por la mitad de la espalda, iba bien vestida, no hacía falta que dijera que le sobraba el dinero.

-Doctor, vengo para que mires mi corazón, está

enfermo-dijo ella al tiempo que sonreía.

-No tengo tiempo para ti, hay muchos enfermos que esperan fuera-dijo Calisto.

-He estado esperando mi turno ante tato harapiento. ¿No crees que debes mirarme para decirme qué clase de enfermedad tengo?.

-Si lo que quieres es hablar conmigo, mañana tarde voy a la pequeña selva, allí me encontrarás jugando con los animalitos. Ahora vete, tengo trabajo.

-¡Yo no me fiaría de un médico que va al campo a jugar con los animales!-dijo mal humorada-¡Nadie sería capaz de echarme de ningún sitio como tú lo has hecho!.

-¿Hay que tenerte miedo?-dijo Calisto.

-¡Solo vengo a pedirte que me escuches igual que haces con tus pacientes!.

-Ellos realmente están enfermos, tu no.

-¿Qué clase de médico eres para decirme eso?.

-¡Por favor, sal de la consulta, estoy perdiendo el tiempo contigo!.

-¡Dime lo que necesitas para que tus pacientes estén mejor atendidos, pienso dártelo!.

Calisto se dio cuenta que era ella la que estaba pidiendo amor ofreciendo lo que fuera. Sabía a lo que se exponía y dijo.

-Habla con el director del hospital. Él te dirá todo lo que hace falta para mejorar el estado de los pacientes, se necesitan más habitaciones, más camas, más aseos, más personal, no hay, por falta de dinero para pagarlos.

Bárbarela salió de la consulta sin decir nada. Se dirigió al despacho del director. Ellos se conocían por ser amigo del padre de ella. Él la saludó muy cordialmente.

-¡Bárbarela! ¿Tu por aquí?.

Ella bajó la cabeza, luego dijo.

-Salgo ahora de la consulta del Doctor Calisto Hasbún. Me ha puesto al corriente de todo lo que se necesita en el hospital.

El director la observaba detenidamente, la conocía desde que era niña, prácticamente la vio nacer. Era muy raro que ella fuera a preguntarle

Por todo lo que se necesitaba en el hospital, era mucho y muy costoso. Sabía que era rica, al ser hija única sus padres le consentían todo lo que ella pedía. Siempre la había visto flirtear con algún rico de Granada, pero solo se quedaba en eso. Ella era muy especial para los hombres, nunca le había gustado ninguno, sabía que su belleza era solicitada, varios ricachones solteros habían pedido su mano, ella se negaba, solo contraería matrimonio con un hombre especial.

El director que la conocía de siempre le preguntó.

-¿Qué hacías en la consulta del Doctor Calisto Hasbún?.

-Hace unos meses lo conocí en el campo y estuvimos hablando.

-Bárbarela, tienes veintitrés años, soy como tu padre, a él no le dirías la verdad pero, creo que a mí sí. ¿Te has enamorado de él?.

Ella agachó la cabeza y se sonrojó.

-¡Nada hay más bonito que el amor, no tienes que sonrojarte por eso!-dijo el director levantándole la barbilla con su mano.

-Él no está enamorado de mí-dijo Bárbarela con lagrimas-Es el tipo de hombre con el que yo siempre he soñado.

-¡Eres la joven más guapa y más bella de Granada! ¿Cómo puedes decir eso?.

-Él me da de lado, no quiere nada conmigo. Yo quiero ayudar a restablecer el hospital, de esa manera estaré más cerca de él.

El director sonrió al tiempo que afirmaba, luego dijo.

-Siempre pensé de ti que eres una buena chica, aparte que el amor puede con todo.

Bárbarela habló con sus padres para que se llevara a cabo lo necesario en el hospital. Ellos vieron bien la decisión de su hija, era un dinero bien empleado.

Calisto si estaba enamorado de Bárbarela desde el primer día que la vio en el campo, su corazón explotó pero, como era un hombre muy racional y vio el juego de seducción donde ella lo llevaba, entonces se hizo el duro.

Bárbarela no solo ayudó económicamente en el hospital, también ejercía de enfermera en el pabellón de mujeres sin cobrar nada, para ella el dinero no tenía importancia.

En el hospital de san Juan de Dio se practicaban las autopsias, Bárbarela asistía junto Calisto, estaba aprendiendo con él muchos métodos de doctorado. Ya no era la muchacha que gustaba seducir a los hombres, solo le importaba uno, Calisto, ella siempre soñaba en ser su esposa, era el hombre más guapo que conocía, el más sensible y el que más sabía de amor. Se dio cuenta el día que se conocieron en el campo, sus ojos color aceituna la cautivaron y la manera en que jugaba con los animales. Ella nunca había pensado en que se podía querer a un animal, sus padres no se lo habían enseñado, era falta de sensibilidad por parte de ellos.

Una tarde los dos fueron al campo, Calisto quería enseñarle a Bárbarela un panal de abejas, era necesario que aprendiera a conocer los animales del bosque y a quererlos. Le aconsejó que se llevara un gran velo para que cubriera su cara. Calisto iba para coger miel y llevársela a su madre Arundína.

CAPITULO -16 –

La mayor parte de pasteles que hacía, era con este alimento tan completo. Él no iba cubierto, las abejas se le posaban en el rostro y en las manos pero no le picaba, él decía que solo le hacían cosquillas con las patitas. Bárbarela iba toda cubierta con un ancho y largo velo. Ella se maravillaba al ver el manejo que Calisto utilizaba con los animales, deseaba llegar un día a poder tocarlos y acariciarlos cómo él lo hacía. Desde el primer día que lo conoció sabía que no era un hombre como los demás y que su amor hacía todo lo creado era lo primero. Ella muchas veces al lado de él, se había encontrado ridícula cuando empezó a flirtear con él en campo, no se daba cuenta que en esos momentos, ella no le importaba nada, lo vio después.

Calisto iba sacando la miel y depositándola en un puchero de barro, las abejas iban y venían alrededor de sus manos satisfechas por el trabajo que habían hecho para él. Bárbarela se mantenía a una distancia prudente, las abejas no la conocían y podían picarle.

Calisto cogió un puchero lleno de miel, las abejas lo iban persiguiendo por donde iba, era dueñas de ese alimento tan deseado, a parte que habían trabajado mucho en la flor del romero para conseguirlo.

Calisto se acercó a Bárbarela y mostrándole lo que había conseguido de miel dijo.

-Tenemos que darle las gracias a nuestras amigas las abejas por toda esta riqueza que nos dan. Hay que tratarlas como se merecen, con cariño y amor.

-¿No tienes miedo que una te pique?-preguntó ella.

-Son inteligentes y saben que no vengo para hacerles daño. También saben que son trabajadoras y que todo su esfuerzo es para los humanos.

-¿Por qué sabes tanto sobre los animales?.

-Tenemos que darle gracias a la naturaleza por enseñarnos, ella es la madre de todos y a cada uno de sus hijos, dice lo que tiene que hacer-dijo Calisto.

-¿Me puedes enseñar tú a que ella me hable?-dijo Bárbarela- Me gustaría conocer su voz.

-Las veces que vienes al campo conmigo, te enseño pero, no soy yo quién debe mostrarte la vida y también sufrimientos de las criaturas que viven en el bosque. La naturaleza es sabia y sabe de ante mano, quién viene al campo y para qué.

Se oyó un estruendo de bramidos procedentes de ocas, Calisto y Bárbarela se dieron la vuelta. Iba una manada de aproximadamente cincuenta bien formadas que se dirigían a un río que había cerca. Era una imagen preciosa de ver y para retener en la mente.

-¡Qué preciosidad!-comentó Bárbarela.

-¿Piensas que van solas?-dijo Calisto.

Ella lo miró extrañada, luego dijo.

-¡No veo a nadie que las acompañe!.

-Estamos entrando en la estación de otoño. Las va guiando una joven con ropa apropiada de este tiempo.

Bárbarela iba de emoción en emoción. Ella estaba segura que no había ninguna joven del tipo que él le decía.

-¿Estás seguro de lo que dices?-preguntó ella.

-Si no estuviera seguro no te lo diría.

-¿Dónde está la joven que dices, yo no la veo?.

-Los ojos humanos no pueden verla, porque es el otoño pero ella va ahí.

-¿Cómo lo sabes? ¿La ve?.

-No la veo, en eso soy humano como los demás, sé que existe y que acompaña a las ocas en esta época.

-¿Lo has estudiado en los libros?-preguntó ella.

-A parte de venir a la naturaleza, he leído libros que hablan de seres fantásticos que viven en ella pero, no dicen quién acompaña a las ocas.

-¿Te lo ha dicho alguien y es por eso que lo sabes?.

Calisto se acercó a ella y la besó, ese beso era largo como para no olvidarlo.

-Nadie pero yo losé-dijo Calisto.

Era hora de volver, se había hecho de noche.
Bárbarela era feliz con Calisto a su lado, era su gran

amor. Aunque ya hacía tiempo que se conocían y que trabajaban prácticamente juntos él, quería ir a su casa y pedirle la mano de ella a sus padres para formalizar su unión.

Arundína se alegró al ver el puchero de miel que su hijo le llevaba, con esa cantidad tenía para hacer muchos pasteles. Ella estaba viviendo junto a Benjamin, una bonita historia de amor. Los dos comprobaron que también se puede amar siendo mayores, cuando fueron separados jóvenes, pensaban que nunca más se podrían amar porque el tiempo se había ido, ahora comprobaron que todavía les quedaba muchos años por delante para seguir amándose.

Benjamin había comprado un local en el albaicín para vender sus telas, de Granada salía las mejores sedas del mundo. Los árabes que se habían quedado en la región de Andalucía y que se hicieron cristianos para tener los mismos derechos, cultivaban los mejores árboles de moreda, criaban gusanos para luego hacer seda, Benjamin vendía las mejores. Arundína siempre iba vestida con las más bonitas.

Una noche Calisto se presentó en casa de los padres de Bárbarela, iba a pedir su mano cómo tradicionalmente se hacía. Ella no lo esperaba, del tiempo que hacía que se conocía él, no le dijo nada sobre este tema, ella soñaba con ser su esposa. Sus padres se alegraron al verlo y le ofrecieron uno de los mejores asientos que había en el salón.

-¿Pueden imaginarse para qué estoy aquí?-dijo Calisto.

-Creo que sí-respondió el padre de Bárbarela.

-Pido la mano de su hija para casarme con ella.

El matrimonio sonrió satisfecho por la petición. Calisto era el mejor pretendiente que tuvo su hija aunque fueran ricos los que pedían su mano. Él era un médico prestigioso y respetado.

Había ido solo sin sus padres cómo solía hacerse para más formalidad. El era conocido por todo Granada, la gente cuando pasaba delante de él, se quitaban el sombrero si eran hombres, las mujeres lo saludaban con-¡Buenos días Don Calisto!. Él con la mano en muestra de amistad.

CAPITULO -17 –

Dos años más tarde contrajeron matrimonio Calisto y Bárbarela en la iglesia de san Nicolás en el albaicín. Fueron centenares de invitados a su boda y toda la gente que sabía que se casaban y que no estaban invitados. En la iglesia no cabía ni un alfiler, la plaza de san Nicolás estaba a tope. Todos querían acercarse a los novios y tocarlos, tanto era que no podían salir de la iglesia. Había un coche de caballos esperando para pasearlos por la ciudad y que todos lo vieran, a duras penas pudieron llegar hasta el coche. A Bárbarela le arrancaron un volante del vestido de novia, una mujer joven lo llevaba en la mano para que le diera suerte y pudiera encontrar un buen marido.

Los hijos de Mustafá sus esposas e hijos, Calisto los invitó a su boda, solo fue el más pequeño con el que él tenía más roce. Los demás no respondieron a la invitación. Era normal nunca lo habían querido, lo único que sentían por él era envidia.

A las afueras de Granada en una gran explanada y en mesas largas, hubo comida y bebida para mucha

gente, todos los que iban comían y se llevaban a sus casas en pañuelos grandes que habían llevado. Tanto Arundína como la madre de Bárbarela estaban sufriendo de ver la poca vergüenza que tenían. Ellas dos estaban por los recién casados para que lo pasaran bien y no se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Calisto y Bárbarela se fueron a vivir a la casa que Arundína había comprado en la plaza del triunfo para él. Era grande, con patio y un jardín. Todos los días iban mendigos a pedir para comer, si estaba Bárbarela les daba una limosna o un trozo de pan y queso, ellos sabían que allí daban y todos los días hacían cola de cuatro y cinco.

La primavera había llegado, los campos habían florecido, tanto Calisto cómo Bárbarela deseaban volver a la pequeña selva, deseosos de ver a los animalitos que siempre vivían allí.

Llegaron hasta el rió, estaba lleno de ocas, quizá más que el año anterior, pusieron huevos y la familia había aumentado.

Ocurrió un hecho que jamás pudieron olvidar.

Una oca levantó el vuelo, volaba sobre la cabeza de Calisto, quería posarse sobre ella, él levantaba las manos para cogerla pero ella no se dejaba tocar, volvía a levantar el vuelo, estaba jugando con él. Bárbarela miraba sorprendida qué iba hacer el ave, no rozaba el pelo de Calisto, empezó a girar alrededor de ellos dos, estuvo unos instantes así y luego se fue volando por otro lado. Bárbarela esa noche quedó embarazado de su primer hijo.

Maulio el amigo de Calisto y médico cardiólogo, hacía tiempo estaba enfermo desde que dijo a sus padres que no quería casarse con su prima. No asistió a la boda de Calisto y de Bárbarela por esta razón. Su madre decía que lo hacía por no casarse con su prima hermana. Los médicos no le encontraban una enfermedad para que no se pudiera levantar. Él decía que le dolían los huesos de las caderas, andaba muy mal, se iba sosteniendo en las sillas. Tenía sólo treinta años, un médico le pronosticó que podría ser frío que se habían metido en los huesos. El mismo médico iba todos los días a su casa para ponerle ventosas calientes, lo hacía con un vaso de arcilla, lo calentaba y lo ponía

donde decía que le dolía.

Al cabo de un tiempo mejoró pero las ventosas de arcilla tenían que ponérselas una vez al mes. Ya andaba con normalidad y sin molestias.

Su prima se había casado con otro primo mayor que él, se alegró mucho.

El primer hijo de Calisto y de Bárbarela, nació por la mañana, ella fue asistida en el parto por su madre, por Arundína y una comadrona. Era un niño precioso y grade como su padre, le pusieron de nombre Abdón. Hacía las delicias de sus padres y abuelos, era un niño que lo tenía todo, bueno, agradable y risueño.

Cuando Abdón hizo un año de edad, Calisto dijo a Bárbarela.

-No quiero que nuestro hijo se crie en una excesiva abundancia, cuando sea mayor tiene que saber valorar y diferenciar lo mucho de lo poco, lo bueno de lo malo, es necesario que sea un hombre de bien.

-Tienes razón, mis padres me criaron muy mal.

Yo al ser hija única, me lo dieron todo y más de lo que pidiera. Era una niña insolente, soy consciente de ello-dijo Bárbarela.

-Soy testigo que es verdad-dijo Calisto riendo-Me nos mal que cambiaste, de lo contrario no me caso contigo.

-Cambie porque te amaba, caí rendida a tus pies ¿Qué mujer no hubiera hecho lo mismo?.

-Por entonces yo estaba muy interesado por la medicina y por mis animalitos de mi pequeña selva, no tenía tiempo de otra cosa y, llegaste tú con tu insolencia de niña mimada.

-Todavía estás interesado por lo mismo-dijo Bárbarela-Tú pasión por los animales vivirá para siempre en ti.

-También por la naturaleza y la medicina-respondió él.

-Me hubiera gustado conocerte de niño ¿Eras tan bueno como ahora?.

Calisto la miró con nostalgia, recordaba su niñez al lado de su madre, yendo a fuente la teja a lavar la ropa de siete hombres, haciendo la comida para

ellos, lo que quedaba, era para él y su madre, ella le daba lo mejor que habían dejado.

-Siempre fui bueno-dijo Calisto- Mi madre me enseñó lo más importante que hay en la vida, amar, respetar y ser agradecido por lo mucho o poco que obtuviera en la vida.

-Sé que la quieres mucho, siempre tienes con ella los mejores detalles, me he dado cuenta.

-Mi madre sin tener nada ni un centavo en su bolsillo, me daba todo lo que yo necesitaba. Pasé un tiempo con mis abuelos maternos, ella calló enferma de tuberculosis, estuvo hospitalizada un año. Ese tiempo se me hizo interminable sin ella.

Bárbarela no conocía la infancia de Calisto, mientras que él iba hablando, dos lágrimas resbalaban por sus mejillas, preguntó.

-De tu padre a penas hablas, ¿Dónde estaba él?.

-A mi padre lo quiero, él y mi madre fueron dos víctimas por parte de mi abuelo materno.

-¿Qué ocurrió?-preguntó ella.

-Tuvieron la dicha de enamorarse, de ese amor nació yo pero, mi padre es judío y mi madre

Árabe cristiana. Mi abuelo se opuso a ese amor y la casó con Mustafá mi padre adoptivo que era viudo con seis hijos.

-Es la primera vez que me hablas tan claro de tu infancia y de tus padres. Me siento ridícula cuando pienso que hacía tonterías para que te fijaras en mí. Yo lo tuve todo, tú no tuviste nada, me siento infeliz de sólo pensarlo.

-Siendo niño no necesité mucho, tenía lo que necesitaba, mucho amor por parte de mi madre, ella se enfrentó a Mustafá y, a sus hijos para que yo fuera a la universidad, si hoy soy médico se lo debo a ella. Es por esa razón y por muchas más, que no quiero que nuestro hijo y los que tengamos, que vayan por la vida cómo dueños del mundo.

-Después de oírte he comprendido el por qué lo decías, a un hijo se le da todo, es parte de uno mismo y la educación también. He cambiado mucho a tu lado, me has enseñado todo lo que sé.

A la edad de un año, Abdón iba con sus padres al campo. Calisto le decía los nombres de los animalitos que iban encontrando. Lo llevaban al río

y les ponían un nombre a cada oca. En una ocasión estos animales venían del campo y se dirigían al río, los padres iban con sus pequeños, uno se despistó y se fue por otro sitio. Aunque no lo parecía los padres los contaban hasta el último. Vieron que les faltaba uno, el padre o la madre salió en su busca y cuando lo encontró, lo llevó por el camino hasta llegar al río.

Calisto y Bárbarela iban mostrando a Abdón lo que pasaba con las ocas y sus pequeños, se lo decían con palabras y con gestos.

A los dos años, Bárbarela volvió a quedarse embarazada. Ella enseñaba a Abdón con tres años, a leer y a escribir, a su edad sabía mucho de lectura y escritura. Era un niño muy feliz, no le faltaba de nada pero todo en su medida, tenía que saber valorar todo lo que obtenía, lo que sus padres le daban y lo que no, se tenía que conformar.

Bárbarela dio a luz una niña preciosa, le pusieron de nombre Melibea como su abuela materna.

Arundína se le caía la baba cuando cogía a sus nietos en brazos, pasaba largas horas en casa de

Calisto y de Bárbarela, le gustaba ocuparse de Abdón y de la pequeña Melibea. Benjamin con el trabajo que tenía en el albaicín de vender telas, el tiempo lo llevaba escaso pero, siempre qué podía hacía una escapada para besar y acariciar a sus nietos.

Melibea la madre de Bárbarela y su esposo, se iban por la mañana a casa de su hija y volvían al atardecer, pasaban todo el día con sus nietos. Entre ellos y Arundína los criando, puesto que Bárbarela trabajaba en el hospital con Calisto. El rato que tenían libres se iban los cuatro a la pequeña selva, ese era su lugar de descanso, en medio de la naturaleza.

CLARA EISMAN PATÓN